

# Monteagudo

## Horacio López





COLECCIÓN CONTINENTES

Monteagudo



Horacio Alberto López

Monteagudo



**MONTE ÁVILA**  
EDITORES LATINOAMERICANA

1.<sup>a</sup> edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

*Monteagudo*

© Horacio Alberto López, 2023

DIAGRAMACIÓN

Fabiola Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

[www.monteavilaeditores.gob.ve](http://www.monteavilaeditores.gob.ve)

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023002470

ISBN: 978-980-01-2400-0

# Prólogo

Bernardo Monteagudo, tal vez el más jacobino de la revolución continental por la independencia en Sudamérica, tucumano, mestizo, fue asistente personal de los dos grandes libertadores: primero de San Martín en el ejército argentino chileno que liberó Chile y protagonizó la gran gesta de independizar y gobernar Perú, y luego de Bolívar, también en el Perú, en la etapa final de la guerra y la preparación del Congreso Anfictiónico a realizarse en Panamá.

Fue un personaje radicalizado, protagonista de una cruzada a muerte contra los enemigos realistas y los traidores al proceso revolucionario, así como contra los pusilánimes y vacilantes, al punto de que su figura concentró el odio de todos ellos. Él fue consciente de ello y así lo manifestó en sus *Memorias*<sup>1</sup>:

Sé que mi intención será siempre un problema para unos, mi conducta un escándalo para otros y mis esfuerzos una prueba de heroísmo en el concepto de algunos; me importa todo muy poco, y no olvidaré lo que decía Sócrates: «Los que

<sup>1</sup> Gregorio Weinberg, (selección y prólogo), *El pensamiento de Bernardo Monteagudo*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1944.

«sirven a la Patria deben contarse felices si antes de elevarles estatuas no les levantan cadalsos».

Durante su corta vida revolucionaria sufrió tres veces penas de destierro por parte de fuerzas retrógradas, tanto en Buenos Aires como en Chile y, finalmente, en Lima.

Cuando tuvo que ejercer de juez y fusilar por la salud de la revolución, lo hizo sin vacilar. Así sucedió varias veces: en Buenos Aires, Alzaga, el antiguo alcalde del régimen, adversario de Liniers en el pasado y enemigo a muerte de la revolución, se sublevó encabezando a las mentes más retrógradas. Los sediciosos, aprovechando las contradicciones del Triunvirato, intentaron retrotraer la situación a antes del 25 de mayo de 1810. El odio y la sed de venganza de esta gente eran tan grandes, que no vacilaron en poner en juego sus vidas con tal de aprovechar la posibilidad de reconquistar el poder perdido. Alzaga y los suyos se levantaron en armas, contando con el apoyo de una flotilla expectante en el río.

Se pudo derrotar a los facciosos antes de que lograran algún tipo de apoyo externo.

Junto con Agrelo, Chiclana, Vieytes e Irigoyen, Monteagudo fue nombrado fiscal en la causa criminal contra los confabulados. Desde el inicio, Bernardo planteó su convicción de que no cabía otra pena que la de muerte para los conspiradores; no era una cuestión de ensañamiento o venganza personal, aunque aún vibraban las crueldades y vejaciones que los españoles hicieran soportar en Chuquisaca, en La Paz, en Potosí, en los campos de batalla cuando habían triunfado ellos. Finalmente, se impuso el criterio de no tener contemplaciones. Pidieron la pena de muerte para los reos; el jurado la convalidó, y Rivadavia, en nombre del Triunvirato, estampó a la sentencia el definitivo «¡Cúmplase!».



Varios días colgaron los cuerpos sin vida de los conspiradores en la Plaza de la Victoria, incluido el del cura José de las Ánimas, quien por haber portado sotana y bendición divina no se iba a salvar de pagar su traición. Cuando Monteagudo se detuvo frente al cadáver de Alzaga, no pudo menos que recordar la proclama inyectada de odio hacia los revolucionarios: «Habría que colgar las cabezas de los patriotas por las barbas, de las rejas de hierro de la pirámide que habían erigido para perpetuar el recuerdo de la Revolución de Mayo».

Monteagudo pensó: «¡Por suerte son ellos los que ahora se mecen al viento!».

Otro caso en que se involucró como juez Monteagudo fue en Mendoza, en donde el ambiente estaba muy tenso y cargado de pesimismo, debido a un conato de rebelión, mientras San Martín estaba en Chile: el alzamiento de los hermanos Luis y Juan José Carrera había venido a instalar más desazón e incertidumbre en un panorama ya de por sí complicado por las noticias tremebundas que anunciaban invasiones españolas inminentes desde el norte y desde España. Se inició un proceso a estos hermanos, acusados en Mendoza de conspiración y rebeldía contra el gobierno de Chile, y señalados allá, en su patria, por el delito de alta traición. En medio de los preparativos para regresar a Chile, el gobernador Luzuriaga le pidió al tucumano que, junto a Caligniano y de la Cruz Vargas, se involucrara en el juicio a los Carrera. Mientras los patriotas, soldados americanos, soñaban con la más vasta independencia, estos conspiradores aspiraban al poder por medio del derrocamiento de O'Higgins. La hora imponía la unidad, la reorganización militar, la eliminación de las escisiones internas. Los Carrera fueron juzgados y fusilados.

Estando en su segundo destierro en la región de San Luis del exvirreinato del Río de la Plata, se produjo una sublevación de oficiales españoles que allí estaban detenidos; la misma

fue rápidamente sofocada, pero a costa de varios muertos patriotas. El gobernador Dupuy le solicitó a Monteagudo que se hiciera cargo del juzgamiento del caso.

Con el oficial Gregorio Giménez, a quien Dupuy puso bajo sus órdenes, trabajaron sin más descanso que algunas pocas horas de sueño, durante cuatro días en el sumario respectivo. Ni bien lo terminaron, lo elevaron al gobernador. Monteagudo firmó un informe aconsejando fueran pasados por las armas ocho oficiales españoles. Otros recibieron penas menores.

Dupuy, una vez leído el sumario, mandó por decreto que se diera rápido dictamen respecto a la sentencia que, de acuerdo con las leyes, debiera aplicarse.

Estando como ministro de San Martín en Lima, según cuenta Monteagudo en sus *Memorias*, existían diez mil españoles cuando llegó el ejército argentino chileno a esa capital; cuando tuvo que irse desterrado —su tercera vez— apenas quedaban seiscientos; al resto los expulsó, los encarceló o fusiló. Así era este jacobino.

Sus argumentos eran contundentes; escribió justificándolos:

¿No estamos en una guerra verdadera, y lo que es peor revolucionaria, con los españoles? ¿No minan estos la opinión pública? ¿No hostilizan por todos los medios nuestro sistema? ¿No siembran la desconfianza y los temores, no seducen [a] las familias, corrompen [a] los incautos y nos amenazan hasta con sus semblantes? ¿Pues por qué se nos predica moderación con estos crueles asesinos? ¡Odio eterno a esta raza impía!<sup>2</sup>

<sup>2</sup> *Ibidem.* p. 90.

Ese pensamiento coincidía con el que, aún sin conocerlo en momentos en que lo escribí, planteó el Libertador en ese gran escrito histórico titulado *Manifiesto de Cartagena*, elaborado a sus 29 años de edad, en el que decía, refiriéndose a la debilidad gubernamental en relación con sus enemigos:

De aquí nació la impunidad de los delitos de Estado cometidos descaradamente por los descontentos (...) que maliciosamente se habían quedado en nuestro país, para tenerlo incesantemente inquieto y promover cuantas conjuraciones les permitían formar nuestros jueces, perdonándolos siempre, aun cuando sus atentados eran tan enormes, que se dirigían contra la salud pública.

La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas que algunos escritores que defienden la no residencia de facultades en nadie para privar de la vida a un hombre, aun en el caso de haber delinquirado este en el delito de lesa patria. Al abrigo de esta piadosa doctrina, a cada conspirador sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar; porque los Gobiernos liberales deben distinguirse por la clemencia. ¡Clemencia criminal, que contribuyó más que nada a derribar la máquina que todavía no habíamos enteramente concluido!<sup>3</sup>.

Esta es la historia de la última etapa de la vida de este gran revolucionario, que junto a San Martín y, luego, junto a Bolívar, luchó y dio su vida por la libertad e independencia de Hispanoamérica.

<sup>3</sup> Tomado del Archivo Libertador, *Memorias del general O'Leary*. Archivo General de la Nación, Venezuela, citado en la «Transcripción de la memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño, mejor conocido como *Manifiesto de Cartagena*», en *Manifiesto de Cartagena*, diciembre, 2012, pág. 4. Disponible en <http://www.psu.org.ve..>



# I

## Guerrero de la Independencia

Bernardo Monteagudo era hombre de leyes, pero en su carácter de hombre de armas, con el grado de coronel, fue auditor de guerra del ejército argentino chileno que lograra la independencia de Chile.

¡Al cumplirse un año de la victoria de Chacabuco, lograban las condiciones para declarar independiente a un pedazo de nuestro suelo americano!

Al tucumano lo llenó de orgullo y se emocionó hasta las lágrimas el hecho de que lo designaran redactor, nada menos que del acta de la independencia chilena. Venía ya escribiendo artículos, proclamas y discursos, pero de allí a escribir el texto de la independencia... ¡No lo podía creer!

En la Plaza Mayor de Santiago, frente al Palacio de Gobierno, se juró ese documento. Era el mes de febrero y tenues brisas, con un cielo completamente transparente, evidenciaban un día esplendoroso. Puro pueblo se apiñaba frente al improvisado tablado cubierto de banderas, sobre el que estaban los representantes del gobierno y del ejército. Las formaciones

militares, de gala en sus espíritus ya que no en sus uniformes raídos por la guerra y la pobreza, completaban el cuadro. San Martín presidía la ceremonia y Monteagudo estaba a su lado. El general le dijo, emocionado también él:

—¡Este es un momento histórico, coronel!

Bernardo lo miró de reojo y pensó que, más allá de lo cierto de sus palabras, en realidad todas sus acciones eran parte sustancial, imprescindible, de una historia americana que se venía escribiendo con las armas.

—Es un paso adelante. Pero aún nos falta bastante —agregó San Martín con una sonrisa entre dientes.

—Lo creo —atinó a responder el tucumano.

Bernardo Monteagudo estaba uniformado con chaqueta y pantalón militares confeccionados por el mejor sastre de Santiago de Chile; su sombrero bicornio ocultaba casi por completo su enmarañada cabellera morena; su piel tenía un leve tinte que evidenciaba su origen mestizo. Su porte era normal con una contextura física trabajada. Su sonrisa y su mirada penetrante denunciaban una personalidad afable.

El fiscal de la Cámara de Apelaciones, en un momento de la ceremonia, se adelantó solemnemente, enfrentando al gentío, y leyó el acta que Monteagudo había redactado:

Vais a proclamar la ley más augusta del código de la naturaleza. Os vais a declarar libres e independientes. Vais a franquear vuestros mares al comercio de todas las naciones, que atraerán la abundancia y la cultura. Vais a abrir a vuestros hijos la carrera del honor.

Almas débiles: no creáis que este es un paso imprudente y arrojado. El invariable sistema de España nos ha convencido en el espacio de ocho años, de que ya no hay más paz ni tranquilidad para la América que la que ella se gane por su esfuerzo y resolución.

El entusiasmo era sobrecogedor. Las lágrimas caían por los rostros de muchos curtidos combatientes. La gente común se abrazaba. Al repiquetear de las campanas de la catedral, cientos de pájaros salieron a volar como si fueran formaciones que saludaban en sus giros la osadía de esos patriotas.

San Martín se dio la mano con O'Higgins e intercambiaron un guiño de aprobación y mutua felicitación. Si Monteagudo se encontraba a su lado en ese especial momento, era porque este lo había nombrado secretario suyo y auditor de guerra del Ejército de los Andes.

La otra gran etapa de la gesta continental fue la liberación de Lima y la proclamación de la independencia del Perú.

Escribió Monteagudo:

El Ejército Libertador entró en la capital del Perú, el 9 de julio de 1821, y a su ingreso obtuvo un memorable triunfo que el enemigo le había disputado con maligna astucia...

En medio del estremecimiento político que causó en Lima la imponente escena de ver salir a un ejército para que entrase otro, los soldados de la libertad fueron como la luz del día... Ellos opusieron una barrera al desorden, aseguraron la tranquilidad pública y dieron un ejemplo sorprendente de moderación, de disciplina y de respeto hacia el pueblo, que cambió momentáneamente la opinión a favor de los libertadores...

Se necesitaba un grado de coraje que no es común a los que no han visto los combates, y una abstracción del interés individual, digna del que había dirigido esta empresa para encargarse del mando y presidir la administración de un vasto territorio, que, al pasar de la servidumbre a la libertad, debía sufrir tremendos sacudimientos.

La fuerza de estos motivos decidió al general en jefe del Ejército Libertador a expedir el decreto orgánico y militar bajo el título de Protector.

El sábado 28 de julio de 1821, José de San Martín salió del palacio de Lima a las diez de la mañana junto a un numeroso séquito a caballo. Lo componían, en primer lugar, las autoridades de la Universidad de San Marcos vestidas con toga y birrete; luego, los altos miembros del clero y los priores de los conventos; después, los jefes militares del Ejército patriota y, finalmente, los caballeros de las órdenes de caballería, acompañados por los oidores de la Real Audiencia y los regidores perpetuos del Cabildo. Detrás iban integrantes de la sociedad peruana, entre ellos españoles con títulos nobiliarios, quienes, por conveniencia o sumisión, aceptaban el cambio de mando. Cerraban la columna oficiales del Ejército argentino chileno y un escuadrón de húsares.

Al llegar al tabladillo armado en la Plaza Mayor de Lima, frente a un público de más de dieciséis mil personas, San Martín enarboló la bandera que él mismo concibiera para el Perú y proclamó:

—Desde este momento, el Perú es libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende. ¡Viva la patria!

El pueblo enfervorizado le respondió:

—¡Viva!

—¡Viva la independencia!

—¡Viva el Perú libre!

Hasta el 1.º de enero de 1822 estuvo a cargo de Montegudo el Ministerio de Guerra y Marina, cuyas funciones había desempeñado en toda la campaña; desde ese día pasó a dirigir el Ministerio de Estado y Relaciones Exteriores. En ese gobierno se sancionó la libertad de imprenta, se ordenó quitar de los edificios y plazas los monumentos y placas en



homenaje a los conquistadores y a España, y se crearon los primeros símbolos patrios del Perú.

Se crearon unidades militares peruanas para dar comienzo a la formación del ejército nacional; se declaró la libertad de vientres y la de los esclavos que se incorporasen al ejército; se suprimieron los tormentos; establecióse la libertad de imprenta; se preocupó por garantizar en la población la seguridad individual, prohibiendo el allanamiento de las casas, hasta incluso autorizar la resistencia, cuando no se presentara una orden expresa firmada por el jefe supremo. Se reorganizó el sistema de rentas para lograr una acumulación adecuada de los fondos públicos, ordenando a la Cámara de Comercio un plan de derechos equitativos y fáciles de recaudar. El comercio quedó beneficiado con la rebaja de un 28 %; los efectos importados bajo el pabellón de los estados independientes de América fueron privilegiados con la rebaja del 2 % y los del Perú con un 4 %. Se enviaron comisionados a Europa para invitar compañías científicas de mineralogía que contribuyan a sacar del seno de los Andes los inmensos tesoros que la ignorancia y la pereza no han alcanzado a descubrir. Se requisaron fondos que pertenecían a la extinguida Inquisición y se estableció un Banco auxiliar de papel moneda sin el cual no habría podido llenarse el déficit del medio circulante, que las circunstancias de la guerra habían hecho escasear cada día más.

Se abolieron los tributos y todo servicio personal a que estaban sujetos los indígenas, mandando que en adelante se los denominara peruanos. Se estableció la Alta Cámara de Justicia, aboliendo errores y sustituyendo máximas así en lo civil como en lo criminal. En materia educativa, la Sociedad Patriótica de Lima y la Biblioteca Nacional son las primeras empresas que realizó el gobierno en medio de la escasez del erario y casi al frente del enemigo. Se mandó a erigir una es-

cuela normal de enseñanza mutua, bajo la dirección de don Diego Thompson. También se prohibieron vicios como el juego y el coliseo de gallos.

## II

# Golpe a San Martín

Ese clima nocturno, pringoso y persistente, entraba por las ventanas abiertas sin que Monteagudo se decidiera a cerrarlas. Bajo la amarillenta luz del farol de la esquina, sucia de bruma e insectos, se abría el paisaje inhóspito de las calles desiertas de Lima, hacia donde Monteagudo dirigía su mirada sin mirar. Estaba en la cocina de la vivienda que le diera el gobierno, en mangas de camisa, sentado a la mesa. Se sirvió lo último que quedaba de champán y acostó la botella sobre la mesa, impidiéndole rodar. Era la anteúltima botella de su otrora bien provista bodega.

—«Hoy es 25 de julio. San Martín ya debe estar en Guayaquil llenándose de gloria».

Lo pensó sin rencores, más bien con satisfacción; él era fiel a su comandante y estaba convencido de que la gloria y el reconocimiento le eran esquivas al general. Tomó un trago:

—«Y aquí Riva Agüero conspirando con los vecinos realistas para organizar mi destitución. Si conservara algo del poder que me otorgara San Martín, los habría hecho fusilar.

Pero hoy, 25 de julio, ya es tarde. Ya pasó el momento de una decisión como esa».

Recordó la utilización de las prácticas extremas pero necesarias en tiempos de revolución para poder asentar el gobierno del Protectorado. Se habían utilizado sin vacilaciones y él estaba convencido que habían dado resultados.

Lo había escrito en sus *Memorias*:

Cuando el ejército libertador llegó a las costas del Perú, existían en Lima más de diez mil españoles distribuidos en todos los rangos de la sociedad; y por los estados que pasó el presidente del Departamento al Ministerio de Estado, no llegaban a seiscientos los que quedaban en la capital. Esto es hacer revolución, porque creer que se puede entablar un nuevo orden de cosas con los mismos elementos que se oponen a él, es una quimera.

Varios salieron voluntariamente y otros forzados, aunque todos lo eran, porque conocían su situación; y yo tenía buen cuidado de aumentar sus sobresaltos, para que ahorrasen al gobierno la incomodidad de multiplicar intimaciones.

Una sonrisa socarrona le marcó el rostro cuando recordó que no le creyeron cuando amenazó con expulsar del país al arzobispo de Lima; o cuando amenazó con que les iba a quitar sus bienes a los ricos godos contrarrevolucionarios. Tampoco le creyeron cuando aseveró que iba a fusilar. Y todo eso lo hizo.

El trémulo temblor de la vela lo obligó, más que el frescor nocturno, a levantarse y cerrar las ventanas. Aprovechó y trajo a la mesa la última botella de champán.

—«Conspiran contra mí aquellos que se quedaron sin una cuota de poder y los que, sin haberlo siquiera acariciado, hoy se sienten con más derechos que nosotros los abajeños.

A Torre Tagle lo toleran, lo desprecian, lo consideran como un pobre instrumento de quienes lo manipulan; en cambio en mí concentran todo su odio. No me perdonan que mande con rigor, que sea implacable con los contrarrevolucionarios; no aceptan que intervenga sus costumbres licenciosas y me meta con las prácticas viciosas del juego, y menos aún que utilice a sus criados para delatarlos y reprimirlos. También están, por supuesto, los que no se atreven a atacar de frente a San Martín y se descargan conmigo».

Todo eso pensaba Monteagudo esa noche, sentado a la mesa de la cocina de su vivienda oficial, clasificando y rompiendo documentos y tomando champán, mirando sin ver —ahora tras los vidrios de la ventana— la neblinosa nocturnidad de Lima.

—«La historia del accionar de la contrarrevolución se repite —rememoró— Lograron deshacerse de Mariano Moreno primero; luego de Castelli». —Recordó las traiciones sufridas por Castelli en el Alto Perú y el ensañamiento contra él hasta lograrlo encarcelar. Recordó la defensa que hizo de Castelli, como abogado defensor en el juicio.

Le preguntaron en el mismo:

—¿Quebrantó Castelli la fidelidad al legítimo soberano Fernando VII, procurando introducir el sistema de libertad, igualdad e independencia?

La pregunta le alegró a Monteagudo porque le permitía atacar esa posición pusilánime y derrotista que continuaba aún, a pesar de los miles de muertos por la causa de la Patria, reconociendo la autoridad del soberano a cuyos ejércitos habían combatido en los campos de batalla. Respondió con placer:

—¡Sí, el doctor Castelli atacó el dominio ilegítimo de los reyes de España y procuró, por todos los medios directos e indirectos, el sistema de igualdad e independencia!

Miró imperturbable al auditorio judicial. Su respuesta era, para una parte de la tribuna, un escandalete, y para la otra, una arenga más de las que se habían acostumbrado a oír los revolucionarios. Por ende, se escucharon abucheos y también vítores.

Bernardo tenía claro que a Castelli no podían y no debían defenderlo negando los cargos que se le endilgaban, sino resaltando sus virtudes revolucionarias. Las banderas de la igualdad, independencia, fraternidad, eran rechazadas y producían escozor por el simple hecho de reconocer en ellas la paternidad de la Revolución francesa, a la que temían por su ejemplo. Ese numen de la revolución murió en la cárcel debido a un cáncer de lengua.

También quisieron deshacerse de Manuel Belgrano, quien debió soportar dos juicios por haber defendido la patria, su destitución al frente del Ejército del Norte, muriendo postrado en cama en la más absoluta pobreza.

—«Y ahora, con mi destierro, al deshacerse de mí, lo traicionan a San Martín. ¡Tuvimos y tenemos enemigos dentro de nuestras propias líneas, carajo! ¡Increíble!».

Luego recordó las vicisitudes en Buenos Aires, donde también las traiciones se ensañaron contra él y demás revolucionarios, encerrándolos en aquel barco viejo en el Río de la Plata y sentenciándolos al destierro. Y luego el accionar de los contrarrevolucionarios en Santiago de Chile.

—La historia se repite —dijo en voz alta, como si tuviera allí un interlocutor—. Ahora comenzaré mi tercer destierro.

«El drama es que me destierran los propios americanos, no mis verdaderos enemigos. Esto se parece a un fin de ciclo —se dijo—. Se termina la milicia para mí (por ende la guerra), la función pública (por ende el poder), y se termina la Lima amante y licenciosa».

Monteagudo, sin darse cuenta, comenzó a recordar aquel tiempo disfrutado en Lima: había ido abandonando poco a poco los rigores del cuartel —no así las responsabilidades del nuevo gobierno revolucionario— para zambullirse en la Lima de las comediantas endiosadas y las vírgenes encorsetadas, bajo los influjos de las melodías nocheras a las orillas del Rimac, girando y girando entre sedas, tules y uniformes, entre joyas y espadas relumbrantes, en bailes como aquel primero «de la Victoria» para celebrar el triunfo de las armas patriotas en el Perú.

Las bellas mujeres eran el oro del Perú para Monteagudo. Para amarlas, había que comenzar a intimar, llegarles a lo más profundo de sus corazones americanos y transformar, a las que aún no lo eran, en patriotas cabales, capaces de combatir al enemigo con el mismo ímpetu y decisión. De allí su proclama, firmada luego por San Martín y lanzada desde el cuartel de Huacho el 1.º de julio de 1821, que entre otros párrafos decía:

Limeñas: la naturaleza y la razón exigen que empleéis todo el influjo que ambas os dan para acelerar la duración de esta guerra sacrílega en que los españoles combaten contra lo que hay de más sagrado entre los hombres, que es su voluntad universal, sus derechos, y aún el cumplimiento de sus deberes, porque ellos son los que nos llamaron a tomar las armas. Hacedos tan célebres por vuestra cooperación a la gran obra de libertar al Perú, como lo sois por vuestros encantos y por el temple delicado de vuestras almas.

Le hizo gracia recordar que San Martín le había sacado al texto algunas alabanzas que su impulso romántico había incorporado, negociando que figurase solamente lo de «vuestros encantos».

Malquerencias y rencores le habían traído sus relaciones con el bello sexo, aunque no empañaban los placeres logrados. Su cultura, engalanada por el latín, el francés e inglés, y sobresaliente por sus conocimientos de la historia antigua, griega y romana, lo hacían sobresalir entre el resto de los hombres. Su elegancia, sus educados modales, su buen gusto en el vestir eran característicos de un caballero distinto. Se presentaba en los bailes y las tertulias con sus atractivos uniformes de gala, con el grado de coronel, llenos de entorchados e insignias de oro y presillas y hebillas de plata, confeccionados por los mejores sastres militares de Santiago, o con su frac color oliva, abierto sobre un chaleco de paño anteado sobre el que lucía un blanco corbatín ajustado con un alfiler de brillantes prendido en la pechera; pantalones ajustados negros de los que bajaban blancas medias de seda que coronaban en charolados zapatos con hebillas también de plata. Su piel mestiza exhalaba un característico olor a agua de colonia no conocida en esas regiones y solo usada por él. Un hombre así necesariamente aventajaba en cuestiones de galanteos y amores a los rudos oficiales de campaña y a los toscos funcionarios criollos y pusilánimes aristócratas convertidos.

Mirando por la ventana cerrada hacia la negrura, recordó:

—«Todo era algarabía ante la liberación de Lima. Asistimos emocionados a la solemne Declaración de la Independencia peruana ante una plaza enfervorizada. San Martín hizo flamear la bandera roja y blanca que él mismo le diera al Perú. Luego vino el baile de la victoria, para festejar la liberación y la declaración del 28 de Julio. Allí pudimos volver a gozar de los placeres de la vida, vistiéndonos y comportándonos como gente civilizada y, sobre todo, sintiendo que parte de esos goces mundanos se generaban en el trato con el bello sexo, cuestión que casi habían olvidado en la dura vida de soldados.



Observaba yo, entre curioso y divertido, cómo rudos soldados acostumbrados a las conductas de la guerra, recuperaban sus composturas sociales y sus sonrisas, lucían sus vestimentas acicaladas no se sabía dónde ni cómo, y adoptaban los modales de caballeros acostumbrados a los protocolos de los salones, intentando ser seductores frente a las damas que en ellos se mostraban».

Bernardo, consumiendo su última botella de champán, seguía rememorando:

—«A esa fiesta siguieron otros bailes y tertulias organizados por los criollos adinerados y también por algunos españoles que se querían acomodar forzosamente a la nueva situación. Ya no eran las tertulias de fama anteriores a nuestra llegada a Lima, todas ellas realistas, como las reuniones literarias del marqués de Monosclaros, del príncipe de Esquilache, del marqués de Casteldosrius, o ya en vísperas de la independencia, del oidor Orrantía o el marqués de Villalta. Me hice asesorar convenientemente sobre toda esa gentuza de alta alcurnia, enemigos solapados a nuestra llegada. Ahora tallaban las tertulias en las casas de Codecido, de don Manuel Zabala, del mariscal de La Fuente y otras, en cuyas amplias salas profusamente iluminadas con grandes candelabros, se lucían hermosas niñas que vivían encorsetadas y con amplias y sofocantes crinolinas, esperando encontrar un candidato entre los ansiosos oficiales que a esos lugares concurrían».

Esos salones eran frecuentados por Monteagudo, en los que aprovechaba para cultivar sus relaciones sociales, especialmente con bellas damas a las que invitaba a bailar y, especialmente, para ampliar sus relaciones políticas, tanto con revolucionarios criollos como con españoles vinculados al poder. Pero el torbellino de sus pasiones amorosas y políticas no le impedían disfrutar, en aquellos inicios limeños, de su paraíso peruano: la bella Juanita Salguero, su cable a tierra

cuando la excitación de su vida en la función pública lo desestabilizaba, su bálsamo relajante cuando su espíritu frágil necesitaba verdadero cariño.

Juanita Salguero también era Lima. Esencial y auténticamente, Juanita era Lima, sus texturas, sus fragancias, sus colores y olores.

Continúa recordando:

—«La conocí en la Alameda, al salir de una corrida de toros realizada en nuestro honor; ella me obsequió un clavel rojo y yo la invité a caminar por el paseo. En muy poco tiempo descubrí que era toda pasión, tanto revolucionaria como sexual, y no solamente me atraía por su inteligencia y belleza, sino que lograba desarmar mi compostura militar apenas entraba yo en su casa; tal vez iba con la intención de contarle mis vicisitudes del día, o informarle los acontecimientos sucedidos, pero nunca lograba mis propósitos: ella, con una ternura aniquilante para un hombre de armas y letras, acostumbrado a los vivaques y los escritorios, conseguía poner en blanco mi mente y en rojo mis deseos; preguntaba por preguntar, a modo de saludo, cómo me había ido en la jornada, mientras comenzaba a desvestirme, casi sin mi consentimiento. Yo respondía por responder, con frases formales, pero ya ninguno de los dos nos escuchábamos: se iniciaba a partir de allí un juego amoroso, rodeado de quejidos de placer, que nos llevaba a un éxtasis que no puedo explicar, pero que sí podrán imaginar aquellos que alguna vez hayan hecho el amor con la persona que aman».

### III

## Cae Monteagudo. Su tercer destierro

Los males padecidos, atribuidos al ministro Monteagudo, se agrandaban diariamente de acuerdo con la capacidad de imaginación de la inventiva popular, incitada por malintencionados voceros. Para muchos, el ministro era un monstruo destinado a plagar de desgracias tanto a españoles como a criollos. Las arbitrarias providencias del ministro de Estado, don Bernardo Monteagudo, según sus detractores, llevadas por el corveidile popular a todo rincón de la patria, contenían historias como las que han llevado a que probos ciudadanos hayan sido obligados a un destierro despiadado, otros vejados en su dignidad, teniendo que soportar el ultraje de sus residencias bajo pretextos de reprimir el juego o, peor aún, de serles arrebatadas ilegalmente sus propiedades para ponerlas al servicio de las armas argentinas y chilenas. Los más desgraciados de todos habían sido aquellos que las historias llevadas y traídas señalaban como fusilados por ser contrarrevolucionarios.

El día 24 de julio se corrió la voz de que en un barco inglés, con destino a Calcuta, saldrían en condición de desterrados don Mariano Tramaría, anciano muy patriota, don Manuel Gallo, clérigo, y otros más.

Como esto así no podía seguir, enseguida los «patriotas» que interpretaban la gravedad de la hora, los verdaderos hijos del Perú, no tuvieron otra salida para evitar un estallido popular que verdaderamente hiciera quedar pequeña la revolución padecida, que arbitrar las medidas para extirpar el mal del organismo sano. O se lo removía al «ministro-diablo», o se lo sacaría por la voluntad popular reunida en un ejemplificador cabildo abierto. Más de quinientas firmas conocidas —presumiblemente salidas de la casa de Riva Agüero, al igual que los rumores— encabezadas por ilustres ciudadanos como don Pablo Bocanegra, don José Manuel Malo de Molina y don Agustín Charrún, se hicieron llegar a las autoridades constituidas en Lima, avalando el siguiente documento:

Los ciudadanos que firman, con su mayor respeto dicen: que ha días que advierten en este heroico vecindario un general disgusto y desconsuelo, que por instantes ha ido fermentando hasta el extremo de temerse, con sobrado fundamento, estalle una espantosa y terrible revolución. Los verdaderos hijos del Perú, que únicamente tratan de su bien general, y de mantenerse fuertemente unidos, para resistir al enemigo común que nos amenaza, no pueden menos que representar a V. E., que todos los disgustos del pueblo dimanen de las tiránicas, opresivas y arbitrarias providencias del ministro de Estado don Bernardo Monteagudo. Han visto con la mayor indignación arrancar a algunos ciudadanos del seno patrio y amenazar a otros despóticamente y sin otro fundamento que la arbitrariedad y el antojo de un hombre que quiere disponer de la suerte del Perú. Por estos motivos, como igualmente

por las muchas vejaciones que han sufrido los verdaderos patriotas, se halla justamente irritado este pueblo, y pide que este detestado ministro sea removido en el instante, bajo el supuesto de que si no lo consiguen antes de concluirse el día, se provocará un cabildo abierto, que se tratará de evitar por medio de las providencias suaves y prudentes que sobre el caso dicte V. E.

Así se selló la suerte del tucumano. La nota presentada al ilustre delegado Torre Tagle, en realidad se quedó corta en relación con las historias que ese mismo grupo, portador de la misiva, hacía correr en las escalinatas del palacio de gobierno mientras aguardaba respuesta: los fusilamientos de Jeremías y Mendizábal; el destierro del doctor Urquiaga; la separación del ejército y el confinamiento del oficial Calorio; las masivas e indiscriminadas deportaciones. Surgieron allí voces que recordaban las ideas volterianas del ministro y sus desplantes heréticos hacia la iglesia; algunos repetían historias que les contaran sobre misas negras y procesiones arrastrando crucifijos por polvorientas calles de poblados del Alto Perú, encabezadas por ese demonio. Se criticaron con vehemencia medidas ministeriales sobre reuniones de españoles y uso de la capa, protocolos sobre lutos y entierros y el decreto más irritativo sobre la prohibición del juego. Algunos exaltados juraban conocer el plan de Montegudo para ungir rey a San Martín.

Bernardo se enteraba por Juanita de las habladurías sobre su persona que corrían por los mercados desde temprano en la mañana:

—Hoy me agarré con una vieja en el mercado —le contaba Juanita— que estaba diciendo que vos tenías una habitación llena de oro. La tomé de los pelos mientras le decía que era una mentirosa —le decía eso a su amante, no con angustia sino riéndose—. Gritaba como un marrano la vieja.

—¿Cómo pueden tener tanta imaginación para inventar esas historias?! —le respondía Bernardo.

—No lo sé. Mienten. ¿Pero cómo pueden decir que te has enriquecido, o que tu objetivo es lograr coronar a San Martín como rey del Perú? —le preguntaba mientras le hacía masajes en su espalda contracturada por las tensiones del día, tirado él de bruces en la cama.

—Juanita —trataba de calmarla Bernardo—, todas son habladurías que echan a correr mis enemigos en Lima, envidiosos de mi posición.

—¿Pero no hay nadie en el gobierno, o en el ejército argentino, que pueda salir a desmentir las calumnias sobre tu persona?

—Lamentablemente, al irse San Martín a encontrarse con Bolívar, se ha producido un vacío de poder que aprovechan los contrarrevolucionarios.

La situación era delicada. El susto de Torre Tagle y demás autoridades del Consejo de Estado, pensando que si los funcionarios no respondían las demandas ellos mismos serían rebasados, junto a la creciente presión de la muchedumbre que se iba concentrando, sumados a la ausencia temporal de San Martín, determinaron el curso de los hechos.

Monteagudo seguía los acontecimientos de cerca. No vaciló en tomar una decisión; consta en sus *Memorias*:

Yo renuncié por decoro antes de ser depuesto: bien conocía el teatro en que estaba y la impaciencia con que algunos de los espectadores deseaban figurar en él. A los tres días recibí un pliego del supremo delegado en que ordenaba que saliese para embarcarme en el Callao, porque así convenía.

Mientras va ordenando sus pertenencias, libros y ropa, en la vivienda que le fuera asignada, se ríe al pensar que está re-

cogiendo casi las mismas pertenencias que juntara en Buenos Aires cuando lo desterraran. ¡Ni un libro de más y apenas un traje de más! Bernardo Monteagudo piensa en la ingratitud de los patriotas que lo abandonaron a su suerte.

—«Se olvidaron de que a mí se debe la primera escuela normal de Sudamérica; la Biblioteca Pública; el establecimiento de un banco nacional; las leyes que favorecieron a los indios y a los negros. La revolución es ingrata con sus hijos. Lo es conmigo y lo es también con San Martín. Si hay alguien en el Perú que no desea estar un solo día de más detentando el poder, ese es San Martín. Lo destruirán si pueden, cuando él regrese de Guayaquil. Espero que tenga reflejos para reaccionar política y militarmente cuando se interiorice de los acontecimientos que están ocurriendo. Yo no podré aguardarlo bajo peligro de muerte».

Recordó toda la campaña que hiciera con don José y retrocedió en el tiempo recordando cómo lo conoció.

Marzo de 1812 fue un mes muy movido: Llegaron desde Europa, en la goleta *George Canning*, algunos militares nacidos en América y formados en la península, incluso con experiencia de haber participado en combates contra el moro y contra el francés. Renegados del absolutismo español, venían a sumarse a la revolución americana y a hacerse cargo de la guerra. Los de la Sociedad Patriótica estaban todos entusiasmados. ¡Por fin iban a poder contar con oficiales de academia, con experiencia en campos de batalla! Pensaban que la etapa de enfrentar a una de las más poderosas potencias bélicas del mundo, con jefes improvisados, como habían sido Moreno, Castelli, Belgrano y el propio Monteagudo, entre tantos, por suerte tocaba a su fin.

Enseguida, el tucumano y demás jóvenes intimaron con dos de los principales viajeros: el teniente coronel San Martín y el capitán Carlos de Alvear, los que comenzarían a tener

incidencia en la política en Buenos Aires. San Martín se había destacado como «valeroso» al mando de las guerrillas del Guadalquivir en España, en la guerra de liberación contra los franceses. Fue ascendido a capitán del Regimiento de Borbón por su hazaña en la altura de Arjonilla; luego combatió en Albuera, y más tarde en Bailén. La célebre batalla de Bailén conmovió a España y a la misma Europa: el general francés Dupont había dejado en el campo de batalla unos veinte mil prisioneros, y las águilas imperiales, con toda la potencia de su número, de su experiencia y de su moderno material bélico, se habían rendido, por primera vez, frente al poder invencible de un pueblo que luchaba por su libertad. San Martín recibió los despachos de teniente coronel por su magnífico comportamiento en Bailén. Esa rica experiencia venía a ponerla al servicio de la revolución americana.

San Martín impactó con su personalidad tranquila y humilde pero fuerte; su mirada firme evidenciaba un torbellino oculto detrás de esa aparente calma. Alvear, todo lo contrario, era exultante y ansioso, desbordante de proyectos. Al principio Bernardo se sintió más atraído por este último, quien le parecía más arriesgado y decidido, pero más adelante tuvo que pagar caro su error de apreciación.

Con ellos discutieron la marcha de la revolución, durante largas noches, en reuniones semiclandestinas en casonas seguras, entre mates, aguardientes, tortas fritas y quesos. De los intercambios surgía la necesidad de prepararse para una guerra prolongada y de crear las condiciones para declarar la independencia del exvirreinato. Los llegados explicaron a muchos revolucionarios, entre los que se contaban Bernardo Monteagudo, Pedro Agrelo, Nicolás Rodríguez Peña, Tomás Guido, Vieytes, Álvarez Jonte, Vicente López, Manuel Moreno (hermano de Mariano), entre otros, la necesidad de fundar en estas tierras una «logia» que permitiera unificar las ideas y



conducir con eficacia el proceso revolucionario en medio de semejante anarquía. Contaron de la logia que había creado don Francisco de Miranda en Europa —más precisamente en Londres— llamada la Sociedad de los Caballeros Racionales. Tenía una filial en Cádiz, en la que se iban enrolando todos los revolucionarios americanos que entraban y salían por ese puerto. A ella se habían incorporado San Martín, Zapiola y el venezolano Bolívar en distintos momentos.

—¿Cómo lo veis? —preguntó San Martín con su castellano españolizado, mientras con su expresión serena recorría los rostros de esos jóvenes entusiasmados.

Alguien respondió por todos:

—¡Esto es lo que nos estaba haciendo falta!

En Buenos Aires ya existía una logia llamada Independencia, comandada por Julián Álvarez Perdriel, quien la puso a disposición para que fuese la base para una organización de ese tipo mucho más grande y con los objetivos más profundos que planteaba San Martín.

Acordaron rápidamente organizar la nueva logia, dado que coincidía plenamente con las preocupaciones sobre las deficiencias que les impedían actuar mejor. Lo primero que hicieron fue elaborar el estatuto bajo las sugerencias de los nuevos compañeros «europeos»: para incorporarse a ella era indispensable prestar juramento de luchar por la independencia americana. Había que comprometerse a trabajar por el régimen republicano; la fórmula del juramento decía: «Nunca reconocerás por gobierno legítimo de tu patria sino a aquel que sea elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos; y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tu alcance, a que los pueblos se decidan por él».

La logia venía a ser una herramienta fundamental en esos momentos tan difíciles; les iba a permitir agrupar en su seno a los elementos más probados y consecuentes de la revolución;

organizar y unificar política, económica y militarmente el mando revolucionario, para decidir sobre la dirección de la lucha, desde dentro del gobierno y fuera de él, para garantizar que no hubiera traiciones ni defecciones. La logia debía abocarse a elaborar la línea política y táctica de la revolución; determinar el plan de operaciones y los puntos vulnerables del enemigo.

## IV

# La Sociedad Patriótica y Literaria

La Sociedad Patriótica y Literaria les serviría para encubrir las actividades de la nueva organización clandestina. Esa Sociedad Patriótica de Buenos Aires había nacido dos meses antes de la llegada de San Martín.

Andaba Monteagudo metido con Agrelo —con quien forjó una verdadera amistad— en darle forma a esa vieja concepción de Moreno que tuviera un inicio y que fuera disuelta por Saavedra. Se hacía necesario restablecer un centro que aglutinara a los jóvenes patriotas, que generara ideas y que militara la causa americana.

—Verás, Bernardo, se llenará de patriotas —le dijo Agrelo en una de esas salidas que hicieron para reclutar adherentes. Iban caminando por las calles de tierra de Buenos Aires, bajo un sol abrazador mitigado apenas por una brisa que llegaba aliviadora desde el río color de león.

—¡Sí! Y también de soplones —respondió Bernardo, pensando en que los que veían sus actividades con desconfianza, no dejarían de observarlos.

Agrelo lo miró extrañado. Monteagudo se rio y agregó:

—Es que no pensarás en que se van a creer que solo nos reuniremos para leer obras literarias.

Había mucho entusiasmo entre los jóvenes porteños por darle vida a esa Sociedad y poder participar en ella. Esto se verificó el día que realizaron la sesión inaugural: una desbordante y entusiasta multitud ocupó el patio del Consulado y varios sectores aledaños. Era una tarde de verano a pleno sol; algunas acacias y palmeras protegían a los que se amparaban en sus sombras; el resto aguantaba estoico en medio del patio.

En su carácter de presidente de la Sociedad Patriótica, abrió Monteagudo la primera reunión con un discurso. Entre otras cosas dijo:

La Sociedad Patriótica debe, por medio de sus memorias y sesiones literarias, grabar en el corazón de todos esta sublime verdad que anunció la filosofía desde el trono de la razón: la soberanía reside solo en el pueblo y la autoridad en las leyes; ella debe sostener que la voluntad general es la única fuente de donde emana la sanción de esta y el poder de los magistrados; debe demostrar que la majestad del pueblo es imprescriptible, inalienable y esencial por su naturaleza.

...Cuando la América entre a meditar lo que fue en los siglos de su independencia, lo que ha sido en la época de su esclavitud, y lo que debe ser en un tiempo en que la naturaleza trata ya de recobrar sus derechos, entonces deducirá por consecuencia de estas verdades, que siendo la soberanía el primer derecho de los pueblos, su primer obligación es sostenerla, y el supremo crimen en que puede incurrir será, por consiguiente, la tolerancia de su usurpación.

Estas palabras cayeron muy bien en el enérgico auditorio, que vivó y aplaudió con creces. A Bernardo lo hacía sentir como se sentía en las asambleas de Chuquisaca.

Dijo sobre los enemigos de la revolución:

...Excusado sería irritar nuestro fervor al vernos después de tres siglos sin artes, sin ciencias, sin comercio, sin agricultura y sin industria, no teniendo en esto otro objeto el gobierno de España que acostumbrarnos al embrutecimiento para que olvidásemos nuestros derechos y perdiésemos hasta el deseo de reclamarlos.

Y terminaba su disertación-arenga, de la siguiente forma:

La Sociedad Patriótica salvará la patria con sus apreciables luces, y si fuese preciso correrá al norte y al occidente como los atenienses a las llanuras de Maratón y de Platea, resueltos a convertirse en cadáveres o tronchar la espada de los tiranos. Ciudadanos: agotad vuestra energía y entusiasmo hasta ver la dulce patria coronada de laureles y a los habitantes de la América en pleno goce de su augusta y suspirada independencia.

Era la tarde del 13 de enero de 1812.

—¡Viva la libertad! —gritó alguien desde el público.

—¡Viva! —le respondieron todos.

—¡Viva la Independencia! —gritó Monteagudo.

—¡Viva!

—¡Mueran los chapetones!

Sabían que era necesario lograr la declaración de la independencia para enfrentar con éxito a España, pero también sabían que la empresa no sería nada fácil; que Buenos Aires, amenazada desde Europa, desde el norte del subcontinente y desde la otra orilla del río, podría terminar como ciudad mártir, tal como terminarían Chuquisaca y La Paz o Caracas. Pero allí estaba esa hermosa juventud dispuesta a cualquier sacrificio por defender la patria. Tenían que empezar por

reorganizar la revolución y, por supuesto, cuidarse de los realistas que ya andaban conspirando.

La Sociedad Patriótica volvía a convertirse en la tribuna de la revolución; desde ella denunciaban al enemigo y exigían definiciones al vacilante Triunvirato. Lo allí discutido se propagaba como el viento por los cafés y las tertulias de la ciudad y por no pocas viviendas porteñas.

Los que no profesaban esas ideas radicales, comenzaron a temerles, y no pocos de ellos a odiarlos. Debían combatir contra estos, pero también contra los falsos revolucionarios, tan peligrosos como los enemigos declarados.

Durante ese año se sufrió la caída de la Primera República en Venezuela. El creciente número de los ejércitos españoles que atacaban al generalísimo Francisco de Miranda, obligaron a este a firmar la capitulación del ejército patriota el 25 de julio de 1812. El español Monteverde entra triunfalmente en Caracas restituyendo la Capitanía General de Venezuela. Bernardo Monteagudo, compungido, pero al mismo tiempo alerta denunciador, dijo en la Sociedad Patriótica y Literaria:

¡Murió Caracas! ¡Ya no existe la Confederación de Venezuela!  
Y en lugar de los cánticos de libertad que entonaba ayer, hoy arrastra un luto fúnebre y doloroso, que retrata expresivamente la amargura de un pueblo, que en un abrir y cerrar de ojos pasó de la servidumbre a la libertad y luego de la independencia a la esclavitud.

¡Cuán justo es ciudadanos, llorar el destino de un pueblo que después de haber dado a la América la primera señal de alarma en el glorioso sacudimiento del 19 de abril de 1810, después de haber dado al mundo un ejemplo de heroísmo, de virtud y de fraternidad en la augusta sanción del 5 de julio de 1811; después de haber elevado el 31 de diciembre del mismo un eterno monumento a la filosofía y a la equidad, estableciendo una

constitución capaz por sí sola de justificar nuestro orgullo y de honrar el genio americano... ha desaparecido en un momento del mapa de las naciones libres... y ha vuelto a erguirse el orgulloso despotismo de los bárbaros españoles!

Lo mismo que hizo en Buenos Aires, Monteagudo lo hizo en el Perú: creó y organizó la Sociedad Patriótica de Lima para concientizar sobre la guerra por la independencia. En el discurso inaugural, ante fervientes patriotas peruanos, dijo:

Señores, hoy hace cinco años que se dio el primer paso para libertar al Perú y establecer la sociedad patriótica de Lima, que como todas las instituciones calculadas por el bien común, jamás se habrían imaginado si el Protector no hubiese sido antes vencedor en Chacabuco... Podremos esperar que cuando llegue la hora del último combate contra los enemigos de la independencia, se dé también la señal de haber llegado al término de la revolución y haber empezado la época de una paz inalterable...

Consagrémonos, señores, a difundir la ilustración en el Nuevo Perú, en el Perú independiente, pues que este es el primer deber del que la tiene y la primera necesidad del que carece de ella... Pero no nos separemos de aquí, señores, sin rendir gracias a los vencedores de Chacabuco que en este memorable día restituyeron la libertad a Chile y divisaron con orgullo las orillas del Rimac, desde la cumbre de aquella famosa montaña. ¡Honor eterno al jefe de los valientes y a cuantos tuvieron parte en la jornada del 12 de febrero de 1817! Que la sociedad patriótica de Lima celebre por más de cien siglos el aniversario de su instalación, junto con el de esa gran batalla en cuyo campo quedó trazada la unión que existirá siempre entre los estados independientes del Perú, Chile y Provincias del Río de la Plata.

Ahora todo eso se había ido al diablo.

Pasó a bordo de la corbeta de guerra La Limeña, que tenía orden de conducirlo a Panamá. El sol caía sobre el Pacífico pintando todo de rojo sangre, en un atardecer caluroso y lluvioso. Monteagudo, a bordo del barco de guerra que lo trasladaría al istmo, envuelto en su capa para mitigar la lluvia, observaba Lima despidiéndose mentalmente de esa bella ciudad, de su Juanita Salguero, del gobierno y del ejército. Pensó que la ingratitud era algo más grave que el odio, porque si este se basaba en razones motivadas por pérdidas de bienes, prebendas y puestos —por eso lo odiaban a él los españoles de Lima—, la otra solo respondía a la indiferencia, al oportunismo para ganar posiciones ante su desplazamiento, o a lo mejor, a la envidia de los que, se suponía, estaban en su mismo bando.



## V

# Rumbo a Panamá

Monteagudo sentía furia e impotencia; la primera por el hecho de sentirse derrotado personalmente. Los argentinos y chilenos seguían gobernando Lima y él ya no contaba. Nada habían hecho sus compatriotas para impedir que lo echaran como a un perro. El general Alvarado, al frente de las fuerzas hasta que regresara el Protector, no había movido un dedo para protegerlo. Y él, además de ministro de San Martín, era coronel del ejército, un alto oficial. Había hecho su carrera militar guerreando por la Patria, por la libertad e independencia de América. La impotencia le surgía por sentirse sin armas para continuar la lucha. Rememoró su inicio revolucionario y militar: fue en Chuquisaca, donde estudiaba Derecho en una universidad donde su alumnado ya estaba militando contra el colonialismo.

Un día organizó, con la ayuda de varios de sus amigos, la lectura teatralizada de la obra de su autoría, *Diálogo de Atahualpa y Fernando VII*, la que tenía el objetivo de denunciar lo que había sido la conquista y, al mismo tiempo, reprochar al absolutismo decadente que ya tenían que sacarse de encima.

Recordó el día de la representación en la universidad, a la que se habían convocado en forma clandestina. Era un

bochornoso mediodía de enero. Entraban por distintas puertas, dejando afuera el calor reinante en las polvorientas calles, gozando de inmediato de la fresca centenaria de los pasillos en penumbras. Se juntaron en una de esas salas en las que habían escuchado tantas veces clases de Jurisprudencia y de Teología. Dos quedaron en la puerta, para vigilar y avisar si, eventualmente, alguna autoridad se acercaba; y otros dos, más comedidos, se dispusieron a representar, papeles en mano, el *Diálogo*. Los rodeaban a estos últimos, una docena de ansiosos espectadores.

El que hacía de Atahualpa —uno de los más desfachata-dos del grupo—, impostando la voz como si fuese un actor profesional, dijo al que representaba a Fernando VII:

—Tus desdichas, tierno joven, me lastiman, tanto más cuanto por propia experiencia sé que es inmenso el dolor que padeces ya que yo también fui injustamente privado de un cetro y una corona.

Le producía satisfacción a Bernardo escuchar a Atahualpa; una sensación similar a la que le había producido escribir ese *Diálogo*, acto que realizó con toda la intención de remover las mentes de sus compatriotas. Observó los rostros de sus amigos: ellos también gozaban.

Continuaba Atahualpa con sus reproches roussonianos:

—¿No es cierto, Fernando, que siendo la base de una bien fundada soberanía la libre, espontánea y deliberada voluntad de los pueblos en la cesión de sus derechos, el que atropellando este sagrado principio consiguiese subyugar una nación y ascender al trono sin haber subido por este sagrado escalón, sería antes que rey un tirano a quien las naciones darán siempre el epíteto y renombre de usurpador? Sin duda que confesarlo debes, porque es el poderoso comprobante de la notoria injusticia del emperador de los franceses.

Hubo aplausos sordos y un comentario de alguno:

—Se está refiriendo a Napoleón y su invasión a España.

—Y también a su propio drama —agregó otro.

Varios los hicieron callar.

Atahualpa continuó:

—El espíritu de la libertad, nacido con el hombre, libre por naturaleza, ha sido señor de sí mismo desde que vio la luz del mundo. Sus fuerzas y derechos en cuanto a ella han sido siempre imprescriptibles; nunca terminables o percederos. Si obligado siempre a vivir inmerso en sociedad, ha hecho el terrible sacrificio de renunciar al derecho de disponer de sus acciones y sujetarse a los preceptos y estatutos de un monarca, no ha perdido el derecho de reclamar su primitivo estado.

—Escucho a Rousseau —dijo alguien. Monteagudo se sonrió.

Fernando VII, abrumado por los argumentos del inca, dijo a manera de resarcimiento histórico:

—Si aún viviera, yo mismo movería a la libertad e independencia, más bien que a vivir sujetos a una nación extranjera.

Los aplausos fueron ruidosos. Alguien se vio en la necesidad de alertar sobre el peligro de que los descubriera algún profesor. Mientras tanto, el inca volvía a la carga intentando, con éxito, conmover a su auditorio:

—¡Habitantes del Perú! —No tuvo más remedio que liberar su fuerza actoral en esta parte— Si desnaturalizados e insensibles habéis mirado hasta el día de hoy, con semblante tranquilo y sereno, la desolación e infortunio de vuestra desgraciada patria, despertad ya del penoso letargo en que habéis estado sumergidos. Desaparezca la penosa y funesta noche de la usurpación, y amanezca luminoso y claro el día de la libertad. Quebrantad las terribles cadenas de la esclavitud y empezad a disfrutar de los deliciosos encantos de la independencia. Vuestra causa es justa y equitativos vuestros designios.

Reuníos pues; corred a dar principio a la grande obra de vivir independientes.

Los aplausos fueron ya sin cuidados por cuanto terminaba la lectura del día en esa parte del alegato. Todos se acercaron a felicitar al autor y Bernardo estaba feliz, no solo por lo que había escrito, sino por cómo llegaban sus palabras de doble intención a sus compañeros.

El proceso de ir ganando voluntades para la gran causa americana obsesionaba a esos jóvenes. La pasión de todos ellos hacía que se volcaran día y noche a tan sublime objetivo. Entonces, estaban por demás de agitados por los sucesos acaecidos en España: el francés derrotaba la monarquía y los sobrevivientes de Las Cortes se preocupaban más por cómo escapar del invasor y guarecerse, que por tener en cuenta los problemas de su pueblo y de las colonias. Era la ocasión ideal para actuar.

—Haremos unas cuantas copias de tu obra para difundirla en los otros cursos —le dijo Ariel, viejo compañero de estudios y de juergas, a Bernardo.

Alguien sugirió la conveniencia de despejar el lugar; comenzaron la desconcentración por distintos pasillos. Montegudo desechó compañías y se retiró de la universidad. Cuando cruzó el portón de salida, un resplandor intenso lo cegó, recordándole la inconveniencia de andar por las calles a esas horas. El sol pegaba duramente. No obstante su intención de andar solo, se le acercó el «Mataco» Mercado —hasta hacía minutos Fernando VII.

—Te acompaño —le dijo.

Con su silencio el otro le anunció su aceptación.

Iban por la calle principal. El poblado tenía la apariencia de la desolación: ni un solo árbol, ni siquiera un paseante. Los azulados cerros marcaban el horizonte lejano. La ciudad justificaba su emplazamiento en tierra tan estéril debido a la antiquísima explotación de las minas, por supuesto

que trabajadas, desde siempre, por la sufrida mano de obra indígena. La mayoría de sus dieciocho mil habitantes, blancos ellos, vivía enteramente de los sueldos que otorgaba la administración civil, la silla arzobispal y demás dignidades eclesiásticas. Su fundación data del tiempo de los incas, habiendo sido la provincia de Charcas, en la que se halla enclavada la ciudad, una de las últimas conquistas del imperio. El asentamiento de la Audiencia que determinaba en las causas civiles y criminales de las provincias de La Paz, Cochabamba y Potosí, redituaba a Chuquisaca provechos sustanciales, obtenidos de los costos de los procesos que, forzosamente, debían llegar de las provincias. La universidad era otra fuente de ingresos y de desarrollo, contando en esos años con más de quinientos estudiantes foráneos, atraídos por la fama de su nivel académico.

Caminaban con las miradas perdidas entre los azulados cerros distantes. Bernardo iba satisfecho por la aceptación lograda con el *Diálogo*. Lo embargaba una doble alegría: la de reivindicar a la raza originaria, de la que portaba parte en su sangre mestiza; de allí su irónica venganza de hacer hablar al que entonces suponía monarca muerto por los franceses, con el antiguo Hijo del Sol. Y la otra, la de apreciar cómo, a través de la obra ficticia, lograba inflamar las almas vírgenes de los estudiantes. Ciudad apacible esa que caminaban y que respiraban por todos los poros, en actitud de absorberla para hacerla íntima e incompañable. Ciudad apacible pero irreverente: olían, más que percibían, los potenciales despertares colectivos.

El 25 de mayo de 1809 se presentó en el teatro de las venganzas el intrépido pueblo de La Plata, y después de dar a todo el Perú la señal de alarma, desenvainó la espada, se vistió de cólera y derribó al mandatario que lo sojuzgaba, abriendo así la primera brecha al muro colosal de los tiranos...

Eso rememoró Monteagudo tiempo después, al escribir sus *Memorias*, refiriéndose a la formación de la primer Junta Revolucionaria surgida en Chuquisaca (La Plata). Él y demás jóvenes que estudiaban en la Universidad de Charcas, se plegaron activamente al proceso en el que la Audiencia se hizo cargo del gobierno civil y Arenales del mando militar. Lo que motivó la insurrección fue la versión de que la infanta Carlota Joaquina, desde el Brasil, planeaba aprovechar la derrota de los españoles a manos de los franceses, para hacerse del poder en los virreinos hispanos.

Era indudable que la infanta y los portugueses, con su Corte en el Brasil, querían aprovechar la derrota para meterse en los virreinos españoles. Muchos vecinos respetables afirmaban:

—¡Válganos Dios si se pierde la Península! ¿Quién nos mandará? Si será esta señora Carlota, que tanto partido dicen que tiene, es que lo serán en realidad los ingleses. Nosotros tenemos jurada fidelidad a Fernando VII y no debemos ser de otro.

Eso pensaban los españoles y criollos acomodados.

La respuesta que encontraban los patriotas fue que era necesario trabajar por la independencia del continente; las otras dos variantes: caer bajo el yugo francés o el portugués, significaban simplemente cambiar de dueño. Iban conformando una conciencia colectiva que convocaba a ganar la libertad. Estaban todos los jóvenes influenciados por los libros de los pensadores franceses de moda, libros prohibidos que llegaban ocultos en los cajones pertenecientes a muchos clérigos ilustrados (que se encontraban exentos de inspección aduanera), en ciborios y tabernáculos destinados a las iglesias, o sencillamente escondidos entre las ropas de los viajeros.

Eran, por esas influencias, admiradores de la Revolución francesa, y soñaban con copiarla por estos lares. La Revolución francesa había logrado la más grande extensión

de derechos políticos en la historia, y también la más profunda transformación del régimen de propiedad jamás visto en Europa. Cuatro millones de nuevos electores recibieron el derecho al voto; cien mil jueces fueron electos, junto con doce mil magistrados civiles, entre 1789 y 1790. El sistema feudal fue abolido, así como la nobleza y las culpas hereditarias pasadas de generación en generación. Tribunales especiales para la nobleza fueron sustituidos por tribunales comunes a toda la población. La Iglesia fue despojada de su riqueza y la nación francesa se unificó a medida que las alcabalas y las barreras al comercio interno fueron abolidas. ¿Por qué no soñar con cambios así para América?

De las asambleas se iban a los cafés de moda de entonces; en ellos, los realistas los observaban con odio y con recelo, ya que no podían discernir hasta dónde harían llegar su audacia. Pero esos estudiantes hacían gala de su arrogancia y despreocupación sobre lo que ellos pensaban, llegando a veces a superar el límite que marca la prudencia.

—¡Estos chapetones pretenden seguir gobernándonos, cuando no son capaces de defender su propia tierra! —Cosas como esta se decían en las mesas, las que estaban cercanas, casi siempre, a las que mostraban ruedas de brandis o barajas de encumbrados funcionarios de la Corona. Desde algunas de estas, indignados caballeros solían responder más o menos lo siguiente:

—¡Pero oíd qué felonía! ¡Esas ideas se las meten en las cabezas a los chavales en la universidad!





## VI

# Revolución en Chuquisaca

Arenales, junto a otros militares patriotas, no se daba tregua en organizar el nuevo poder conquistado. Todos sabían que los chapetones no descansarían hasta hacer tronar el escarmiento, dado que debían evitar que cundiera el ejemplo.

Monteagudo había propiciado que se difundiera el éxito logrado, lo cual fue aprobado por los jóvenes estudiantes, de manera que se lanzaron a escribir fogosas cartas dirigidas a amigos residentes en otras ciudades del virreinato.

Buenos Aires estaba unida a Chuquisaca por lazos muy fuertes, debido a la cantidad de jóvenes porteños que habían estudiado en su universidad. Allí fue donde más repercutió la noticia: Castelli contestó la carta que le enviara Bernardo, con felicitaciones para todos, contando que en los cafés de Buenos Aires no se hablaba de otra cosa que no fuera de esa gesta. Castelli había estudiado allí, y si bien no habían coincidido con Monteagudo en ningún curso, ya que él era de una promoción algunos años anterior, eso no impidió que compartieran tribunas en cafés y veladas.

Contaba en su misiva que el triunfo en La Plata creaba mejores condiciones para salir a la calle en Buenos Aires; además, alertaba sobre el plan de Cisneros de enviar cuatrocientos soldados de los cuerpos Patricios y Arribeños, al mando del represor Nieto, para sofocar la revolución. Prometía que él y sus amigos harían todo lo posible para impedirlo. A la luz de varias velas, en el cuarto de estudiante de Bernardo, este les leyó la carta de Castelli a sus amigos, que eran unos cuantos que casi no cabían en esa habitación. Estar casi apretados, junto con las velas, mitigaba un poco el intenso frío que se colaba por todos lados en ese cuartucho estudiantil.

—¡Le estamos dando el ejemplo a Buenos Aires! —exclamó Mariano Michel.

—No nos entusiasmemos —dijo Bernardo—. Prestad atención a lo que dice Castelli sobre que el virrey enviará cuatrocientos soldados a reprimirnos. Debemos anoticiarlo a Arenales.

Chuquisaca, mientras tanto, organizaba sus tropas, rodeándose de bastiones, y ocupando fuertes y torreones para defenderse. Había llenado de júbilo la designación del teniente coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales como jefe de armas. A pesar de ser español se había plegado decidido a la causa revolucionaria. Una de las primeras medidas del flamante comandante, fue convocar al servicio de las armas a todos los hombres en condiciones de defender la revolución. Rápidamente se pusieron a su disposición criollos e indios del lugar, pero también muchos estudiantes. Los libros y las clases magistrales de eruditos profesores debían quedar para mejor ocasión.

—¡Compañeros: Tomemos las armas que nos ofrece Arenales y nos exige la situación! —gritaban al invadir las aulas para reclutar estudiantes. No todos se sumaban, ya que muchos eran españoles o hijos de españoles y no se sentían criollos.

Monteagudo tuvo la gran emoción de ser designado subteniente de artillería. Comenzaba así su carrera militar. Su responsabilidad castrense duró poco, apenas dos días, ya que el 27 de mayo fue requerido para una delicada misión: le encargaron que elaborara una proclama revolucionaria para la ciudad de La Paz; esto se debió a que eran conocidas por el mando sus cualidades literarias.

Esta decisión no era caprichosa sino más bien oportuna, ya que La Paz era un foco permanente de conflictos entre una población predominantemente indígena y un grupo de crueles funcionarios españoles aliados a una oligarquía explotadora del indio, o parte de ella.

El Mataco y Mariano Michel, dos estudiantes del grupo de Bernardo, fueron comisionados para llevar esa proclama a La Paz, junto con sus propias vivencias, siempre más ricas y estimulantes que cualquier proclama.

Los amigos se despidieron a escondidas, una noche muy oscura en las afueras del poblado. La misión era reservada por lo peligrosa; era de prever que pudieran existir españoles conspirando o traidores en las propias filas y no convenía dar a conocer los planes.

Los caballos relinchaban tensos, como si estuviesen contagiados por el nerviosismo de los jóvenes. El Mataco y Mariano estaban orgullosos y confiados. Se embozaron en sus ponchos para atajar el frío viento que venía de las montañas y que hacía aullar los árboles cercanos. Una luna menguante entre negras nubes apenas les permitía observarse los rostros.

Le estrecharon la mano a Bernardo, ya montados. Sabían que el tucumano se moría de ganas por acompañarlos, pero que no era posible. Para mitigar una despedida que no sabían si sería para siempre, para quitarle dolor a ese momento, El Mataco bromeó como siempre, diciéndole a Bernardo:

—Cuida a todas mis novias, pero no te apropiés de ninguna.

—Te las cuidaré —le dijo mientras sacaba de su cintura un arma blanca—: Toma esta daga. Les puede hacer falta.

—La revolución nos proveyó de trabucos —dijo Michel.

—Nunca viene mal una daguita así; está sin estrenar —afirmó riendo el tucumano.

—Esperemos no tener que usarla más que para cortar charque.

Monteagudo, con lágrimas que intentaba disimular, atinó a saludar:

—¡Cúidense ustedes mucho! ¡Nos vemos en La Paz!

—¡Y vos cuida acá la revolución!

Salieron al galope corto y enseguida los tragó la noche.

Quedó Bernardo meditando, haciendo caso omiso al castigo de las inclemencias del tiempo, pensando que cada vez más se iban comprometiendo con un proceso irreversible; sus conductas ya eran irreversibles. Y sus vidas tomaban un camino que también lo era.

Además de la proclama, tenían la misión de convencer a los paceños patriotas, cuyos contactos llevaban, para que destituyeran al gobernador intendente Dávila, a todos sus compinches y al obispo La Santa, ya que estaba comprobada la complicidad de estos con la princesa Carlota Joaquina.

El subteniente Monteagudo fue convocado por el teniente coronel Arenales. Bernardo todavía no se hallaba en su nuevo papel de militar.

—Bernardo —le dijo afectuosamente el comandante—, necesitamos que os trasladéis a Potosí. Allí también tenemos que insuflar la llama revolucionaria; os daremos varios contactos de patriotas reconocidos.

—¡Lo que usted ordene, teniente coronel! —contestó Bernardo, emocionado por haber sido elegido para esa misión.

—Contad lo que hemos hecho aquí. Con eso solo, basta.

—Además de los contactos que me dé, conozco varios estudiantes que egresaron de nuestra universidad y viven allí.

—¡Perfecto! Mi asistente os dará las últimas instrucciones —Le tendió la mano y agregó—: ¡Cuidaos, Bernardo! Os necesitamos.

—Pierda cuidado, señor.

Salió de su entrevista exultante; ansiaba entrar en acción.

—«Voy a tratar de reclutar la mayor cantidad de revolucionarios —pensó—. La experiencia nuestra tiene que entusiasmarlos».

Lamentablemente, le duró poco la misión, ya que rumbo a su objetivo, en el camino virreinal, fue interceptado por los realistas que respondían al gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz. No dudó en escapar, porque si lo revisaban, iban a encontrar las listas que comprometía a los patriotas que iba a visitar. A todo galope, mientras trataba de huir de sus perseguidores, pudo ir deshaciéndose de la lista con los nombres de los potosinos.

—«¡No me encontrarán nada y no me sacarán ninguna información aunque me maten!» —se decía mientras veía acercarse a sus perseguidores.

No pudo evitar que lo alcanzaran y cercaran. Debió rendirse. Fue a parar a la cárcel. Lo interrogaron pero nada dijo. Supuestamente iba a ser juzgado por subversivo, dado que un soplón de Chuquisaca lo reconoció. Seguramente le esperaba el pelotón de fusilamiento, pero no se inmutó.

Gracias a un carcelero criollo, se enteró de la revolución en Buenos Aires y el avance de Juan José Castelli al norte llevando esas ideas. A partir de allí, se preparó para organizar su huida para sumarse a las fuerzas de Castelli. Sobornó a un centinela y logró su objetivo.

El encuentro de Monteagudo con Castelli fue emocionante. Se dieron un fuerte abrazo al reconocerse. Enseguida Castelli, después de enterarse de las vicisitudes de Bernardo, hizo depositario de su confianza al joven revolucionario, nombrándolo su secretario privado. Bernardo observaba a esos soldados abajeños y se llenaba de orgullo: «¡Esta es la revolución en expansión!», se decía. «Es la voluntad de los oprimidos echada a andar».

## VII

### Más recuerdos a bordo

Apoyado en la balaustrada de babor de la fragata que lo llevaba a Panamá, Monteagudo seguía recordando:

Poco duraron los festejos debidos a la entrada de los patriotas en Lima; los bailes populares y ceremonias oficiales, las corridas de toros, los estrenos teatrales, todo organizado para dar rienda suelta a un sentimiento de algarabía por la liberación conquistada, se tuvo que suspender para mejores tiempos. La noticia de que los realistas, al mando de Canterac, se estaban acercando con el presunto objetivo de unirse a las fuerzas españolas que seguían resistiendo en la fortaleza de El Callao para luego intentar recuperar Lima, puso a todo el mundo en alerta.

Un buen día al amanecer, el brigadier español, con sus dos mil quinientos hombres de infantería, novecientos jinetes y un batallón de artillería con nueve piezas, ocupó posiciones en Pampa Grande, a diez kilómetros de la ciudad. La guarnición de la fortaleza en manos españolas ascendía

a dos mil hombres, los que contaban con las para nada despreciables trescientas bocas de fuego de diversos calibres de la artillería de la plaza.

San Martín había podido sumar a sus tres mil hombres de tropa unos mil milicianos limeños mal armados. Rápidamente hizo formar en posición defensiva a sus fuerzas, a la vera de un afluente del río Rimac. Canterac pretendía contactarse con el general La Mar asediado en El Callao. Sabía el argentino que el brigadier español estaba escaso de víveres y que si no accedía a la fortaleza, no tendría más remedio que retirarse o dar batalla. Pero también sabía que los sitiados ya estaban pasando hambre, por lo que Canterac no resolvería su problema entrando a la fortaleza, sino que más bien lo agravaría. Pero, finalmente, su decisión fue esta última, seguramente por falta de información.

Cuando los realistas entraron a El Callao, San Martín observaba sus desplazamientos con un catalejo, junto a su Estado Mayor; les dijo a sus oficiales:

—¡Ahora sí que están perdidos! No tienen comida más que para diez días; luego de ese tiempo tendrán que rendirse o enfrentar nuestras bayonetas.

Efectivamente, al cabo de unos días, Canterac intentó salir por la noche, por el lado de la costa, enfilando hacia el norte. El intenso cañoneo al que lo sometió la escuadra patriota lo obligó a retroceder y volver a refugiarse en la fortaleza. Los muros del fuerte se iluminaban con los bombazos y el cielo se pintaba de anaranjado. Dos días después, ya sin provisiones ni forrajes, volvió a abandonar Canterac la guarnición; esta vez San Martín lo dejó salir y retirarse hacia el noroeste. Luego le ordenó a Las Heras que lo persiguiera y hostigara para debilitarlo lo más posible. Recién entonces el Libertador firmó una proclama que hizo leer ante sus tropas y el pueblo limeño:



El Ejército Libertador —decía— persigue a los fugitivos. Ellos serán disueltos o batidos, la capital del Perú jamás será profanada por las plantas de los enemigos de América. El imperio español acabó para siempre.

Esto rememoraba Monteagudo a bordo de La Limeña, rumbo a Panamá, apoyado en la balaustrada de babor observando las olas que a medida que avanzaban se encrespaban más. Hacía mucho frío y las densas nubes bajas oscurecían cielo y mar.

—«Tocábamos el cielo con las manos. Estábamos convencidos de que la revolución sudamericana estaba culminada; por lo menos lo pensábamos la oficialidad más optimista; San Martín seguro que no; él nunca compartió mis optimismos. Y yo no me imaginé que en poco tiempo se iba a revertir todo, y que al enemigo no teníamos que buscarlo en las sierras, como estaba haciéndolo Las Heras, sino en los despachos oficiales de la administración nueva del gobierno en Lima y en los salones de juegos y saraos de los criollos acomodados que, para afuera, eran más papistas que el Papa, pero que para adentro repudiaban las reformas y alentaban las intrigas. Fuimos ingenuos. ¿Cómo no cuidamos el frente interno? Sabiendo que la traición es un mal que ronda permanentemente a nuestro alrededor».

Esa reflexión lo retrotrajo a abril de 1815, en Buenos Aires. Se había sublevado Álvarez Thomas, al mando del ejército acampado en la posta de Fontezuela, enviado allí por Alvear para poner en caja a los caudillos del litoral.

—«A partir de este hecho se precipitaron los acontecimientos que terminaron con el derrocamiento de Alvear, quien huyó ayudado por sus amigos ingleses, y mi encarcelamiento y de otros asambleístas como Larrea, Herrera, Valentín Gómez y hasta el mismo Posadas».

Monteagudo sigue reflexionando, haciendo caso omiso de la brisa fría que iba aumentando de intensidad a medida que la embarcación se internaba mar adentro. Lanza una risotada al aire, ante la mirada risueña de dos marineros que pasan a su lado en cubierta y continúa:

—«Hoy, al igual que entonces en el Río de la Plata, me llevo a mi destierro unos pocos libros, mi uniforme de coronel y mi frac de fiesta; después de haber hecho la guerra no poseo nada más. Y los limeños traidores andan contando por ahí que me he hecho rico en mi función gubernamental. Lo que sí he aplicado en mi gestión fue la implacabilidad hacia los enemigos de la revolución. Yo fui implacable con ellos, fáciles de detectar entre los realistas que seguían siendo residentes en la ciudad, entre los ridículos aristócratas que seguían ostentando sus títulos como si estuvieran en la Corte en Madrid. Pero descuidé el tener una vigilancia sobre los criollos limeños, pensando que todos ellos eran patriotas como uno. ¡Seguimos siendo ingenuos! Ahora entiendo a San Martín en su cautelosa conducta hacia los limeños para que no pensasen que los abajeños veníamos a conquistarlos. Salvo excepciones respetables, parecía que no se entendía que estábamos librando una guerra de liberación contra la monarquía que nos dominaba, que esa guerra trascendía las fronteras estrechas, y entonces aparecían las envidias contra los argentinos y chilenos. El haber perdido en política —restaba ver si San Martín, a su regreso de Guayaquil conservaría su cuota de poder, o si mi caída lo arrastrará a él también— derrumbaba también mis sueños, placeres y aspiraciones. Allí entraba Juanita Salguero. Apenas pude dejarle mi promesa de que volvería, de jurarle que regresaría; no sé si lo creyó, si confió en mi palabra, aunque su mirada firme y aguda me decía que sí, pero yo tenía la íntima convicción de que bajaría a Lima por ella y por ciertas venganzas que me debía. El amor volvía a

abandonarme, no sé si a probarme en mi conducta en soledad, o a jugar conmigo riéndose desde un rincón oculto. Yo me mostraba imperturbable ante las personas que me rodeaban y los espíritus que me sobrevolaban. Íntimamente hice un juramento de fidelidad hacia Juanita, de compromiso en regresar, lo cual alivió mi angustia, que se venía acrecentando proporcional a las leguas marinas que la corbeta de guerra iba consumiendo. El viaje es aceptable tanto por las condiciones climáticas y marinas favorables como por las conductas de la oficialidad de La Limeña, respetable y cordial, no sé muy bien si por instrucciones de un gobierno al que no creía tan educado y desafecto de las pasiones políticas, o por respeto propio ante mi persona. No está ya el general San Martín para seguir convocando y organizando militarmente a los patriotas; pero Simón Bolívar brilla con todas sus luces en el firmamento que se muestra a los que levantan sus sables por la dignidad y la unidad del continente. Yo tengo que estar con él. Me voy sin dinero, sin honores, pero con toda mi convicción intacta».



## VIII

# Panamá

Estaba seguro de que comenzaría por Panamá un largo periplo.

Panamá era un centro de actividad comercial muy importante entre Europa y América. Acababa de independizarse anexándose a la Gran Colombia. Llegaban allí interminables caravanas de mulas que cargaban las mercancías europeas que los barcos desembarcaban en Portobello; allí esas cargas subían a nuevas embarcaciones que las redistribuían por toda la costa del mar Caribe. A su vez, metales preciosos codiciados en la naciente Europa capitalista llegaban a ese puerto para embarcar hacia las arcas del exhausto tesoro español, antes de terminar en las arcas de los banqueros alemanes.

Ciudad típicamente española en el Nuevo Mundo, se yergue al pie del cerro de Cabras, en medio de selvas inexpugnables. Hermosos paisajes muestran sus costas; sus caminos engalanados de palmeras, van y vienen entre antiguas construcciones militares del reino, como la de las Casas Reales, en donde se concentraban el oro y la plata robados a América. Fortalezas que piratas como Morgan y tantos otros intentaron doblegar.

Era su intendente el general venezolano José María Carreño, quien recibió al expulsado con gran consideración. Estaba al tanto de su llegada y lo primero que hizo fue mostrarle la comunicación que el Supremo Delegado del Perú le enviara, anticipándole el «problema». Decía esta:

La salvación de la patria y el decoro con que debe ser tratada la persona del honorable coronel don Bernardo Monteagudo, han exigido que este Supremo Gobierno tome la determinación de remitirlo a esa ciudad, con el objeto de que por aquella vía, se pueda conducir a Europa o a otro punto que no sea del Estado peruano.

—Como veis —le señaló Carreño—, os tratan de honorable, pero no quieren volver a veros por el Perú.

—Pues, os confieso que no se sacarán tan fácil mi persona de encima —le contestó Monteagudo.

El venezolano se rio con ganas:

—Se ve que sois perseverante en vuestros principios. Voy a comunicar al gobierno colombiano la novedad de vuestra presencia aquí. Podéis consideraros mi huésped, aunque oficialmente seáis una especie de detenido.

El objetivo de Monteagudo era lograr contactar con Bolívar y así reintegrarse a la guerra. Mientras tanto, y a la espera de respuestas a gestiones en tal sentido que le pidió a Carreño (—¡¡¡¿Cómo no voy a facilitaros vuestra reincorporación a la lucha, si lo que no sobran son los oficiales con experiencia como vos?!!! —le contestó cuando este se lo solicitó.), se acomodó en su nuevo lugar de residencia. Inmediatamente, se hizo amigo del jefe del batallón Istmo y jefe del Estado Mayor de las fuerzas allí estacionadas, el héroe de Santa Marta, el teniente coronel Francisco Burdett O'Connor. El que los

presentó fue el general Carreño, preocupado en buscarle al argentino un interlocutor que lo atendiera.

—Coronel —Le estrechó la mano el irlandés en el encuentro de presentación—, para mí es un honor conocer a uno de los exitosos oficiales que realizaran la campaña del sur del continente.

—El honor es mío al conocer al héroe de Santa Marta —contestó el argentino. Bernardo conocía la batalla de la Laguna Salada, en la que O'Connor al frente de lanceros irlandeses había combatido por dicho poblado.

A pesar de los avatares de la guerra y las dificultades de las comunicaciones, se conocía, en general, a quienes habían sobresalido en las contiendas por la independencia. Había una comunicación epistolar eficiente por parte de los patriotas y un ansia de todos por conocer la marcha de la guerra.

—Mis soldados estarán honrados de que les presente a la mano derecha del general San Martín.

Para alivio del general intendente, el irlandés se lo llevó a vivir con él; se alojaba en una casa propiedad del señor Bernardo Arce, un rico comerciante de perlas. La vivienda estaba muy cerca del baluarte y antiguo convento de San Francisco, donde se hallaba estacionado su batallón.

Intimaron rápidamente. No les alcanzaba el tiempo para departir sobre cualquier tema, lo que hacían indistintamente en castellano, inglés o francés. O'Connor era un fanático lector, de manera que, poco a poco, todos los libros que Bernardo había llevado, fueron pasando a sus manos, así como Bernardo se interesó por la biblioteca del irlandés.

O'Connor pertenecía a la más alta aristocracia de Irlanda, y por sus venas corría sangre de reyes; había recibido una educación acorde con su rango, lo que no le había impedido venirse a América y enrolarse a favor de la causa más justa que

estaba librando esta parte de la humanidad. Cuando hablaban sobre la guerra, generalmente en la sobremesa, con mucho vino y algunos puros consumidos, O'Connor le contaba a su huésped sus experiencias en Cartagena y Santa Marta. En una ocasión en que se pusieron serios, el irlandés dijo como conclusión sobre una serie de acontecimientos trágicos en los que había participado:

—Bernardo, esta guerra es muy dura y sangrienta.

—Toda esta guerra por nuestra independencia es una guerra mansa, comparada con los destrozos, matanzas y asesinatos que hemos de ver en estos países, después de haber echado al último español de la tierra americana. Vislumbro la sombra de la guerra civil, los enfrentamientos fratricidas, cuando tengamos que reorganizarnos en libertad. Nos falta mucha cultura todavía. Por eso, yo creo que una monarquía constitucional sería lo adecuado al principio; no tenemos aún cuadros preparados e infraestructura como para organizar la democracia por elecciones.

—Pero aquí en América todos levantan la bandera de la democracia republicana —le retrucó el irlandés.

—Y es lo justo; yo también acuerdo con ese objetivo, solo que pienso en un paso intermedio y temporal. Todavía estamos, considero, en un estado de barbarie que nos llevará al caos.

O'Connor miró con sus ojos claros al coronel argentino, como extrañado:

—Un hombre como vos no puede ser tan pesimista.

Quedaron en silencio, cada uno sumido en sus propias reflexiones. Bebían un coñac francés, plácidamente sentados frente a un hogar que consumía una buena cantidad de leña, haciendo el ambiente muy confortable.

—Tal vez tengas razón, Francisco; es que pesa en mi espíritu la traición sufrida culpa de malos criollos.

Siguieron bebiendo, ya sin hablar.



El batallón del teniente coronel Francisco Burdett O'Connor estaba compuesto de setecientas plazas, y muchos jóvenes de las principales familias del lugar habían ingresado en él. El hecho de revistar oficialmente como «detenido», no le impedía a Bernardo departir cenas y paseos con O'Connor y muchos de sus oficiales. El irlandés había hecho formar a su batallón, y con Bernardo a su lado les arengó:

—¡Batallón! ¡Firmes! ¡Saludo uno! ¡Les presento al coronel Bernardo Monteagudo, héroe de la independencia en el Río de la Plata y colaborador directo del general San Martín! ¡Démosle los buenos días!

Setecientas voces exclamaron a viva voz:

—¡Buenos días, coronel!

Ni bien el comandante les hizo descansar y romper filas, los oficiales panameños se acercaron a darle la mano y conocer al ilustre visitante.

Panamá le impactó desde el primer momento como un lugar estratégico; sobre todo al enterarse de los sucesos que se estaban desarrollando en México y en la América Central, y uniendo toda esa situación a los hechos que habían protagonizado en Sudamérica, comprendía la importancia de la posición geográfica de Panamá: allí se podría intentar la concreción de ese sueño que venía alimentando de tiempo atrás, y que, sabía, era también un anhelo de Bolívar: la realización de una reunión de plenipotenciarios americanos que le diera forma a la unidad política de América.

Una tarde lluviosa, como casi todas las tardes en Panamá, lo mandó a llamar el general Carreño. Extrañado, Monteagudo pidió prestado el caballo personal de su amigo irlandés, y convenientemente guarecido con su capa, se dirigió a la Intendencia. Lo carcomía la ansiedad sobre el llamado de Carreño; debía ser por algo importante que lo molestaba en un día inclemente como ese. Al llegar se sacó sombrero

y capa completamente empapados y se dirigió presto al despacho de Carreño.

—¡Tengo buenas noticias, coronel! —Lo recibió el venezolano con los brazos abiertos— Bolívar os invita a que se encuentre con él en Pasto.

—¡Carajo! —Se le daba lo que tanto anhelara— ¡Entonces podré volver a la guerra! Gracias, general, por su gestión.

Ultimaron los detalles para preparar la partida de Monteagudo, desde los burocráticos, como salvoconducto y carta de Carreño justificando su viaje, ya que, hasta entonces, revisaba como prisionero; hasta los prácticos, como ofrecerse el venezolano a buscar qué navío podía aceptarlo como pasajero.

Con gran entusiasmo, Bernardo se preparó para partir al encuentro con el Libertador. Obviamente que la invitación de Bolívar eliminaba, de hecho, su condición de detenido. Una alegría desbordante se apoderó de Monteagudo. Se habría la perspectiva de su rehabilitación política y militar, de manos nada menos que del máximo jefe militar que había quedado en Sudamérica. Pensó en el odio que sentirían sus enemigos cuando se enterasen.

La despedida de sus amigos panameños fue muy emotiva. Con O'Connor juraron reencontrarse en algún campo de batalla americano.

—Francisco —le habló con cariño Bernardo al irlandés—, voy a intentar regresar a la contienda. Te prometo que hablaré de vos con Bolívar, y mi deseo es que podamos compartir una gran batalla, codo a codo, contra los godos. No te olvidaré, ni a ti ni a tus bravos guerreros, y te juro que volveremos a vernos.

El irlandés estaba compungido y no encontró mejor forma de manifestarle su cariño que desprenderse de su libro máspreciado: uno de los primeros ejemplares de la Carta Magna de Inglaterra; era un antiquísimo ejemplar que traía impresos los escudos de armas de los veinticinco barones

que, acampados en el prado de Runnyellead, obligaran al rey Juan a salir de su castillo de Windsor para firmar allí la Carta Magna de las libertades inglesas. El documento está escrito en latín; O'Connor sabía que Bernardo leía ese idioma.

Rápidamente, Carreño consiguió el barco que lo sacaría de Panamá, pero Bernardo no poseía los mil seiscientos pesos que costaba el pasaje; O'Connor no se los podía facilitar porque, sencillamente, no los tenía; le contó que un comerciante inglés establecido en Panamá le prestaba el dinero que él necesitaba para vestir a su batallón a cambio de letras que el otro mandaba a cobrar a Londres, pero que, por el momento, tenía colmado el cupo de su crédito. Logró, al fin, que el patrón del alojamiento de O'Connor, don Bernardo Arce, le prestara ese dinero por el plazo de tres meses; como Monteagudo no tenía seguridad de podérselo devolver en el tiempo estipulado, lo convenció para que aceptara un sobre que le pidió que abriera si al vencer el plazo, no había llegado el pago. El sobre contenía cuatro hermosas perlas del atuendo personal del argentino, de manera que, si no llegaba el dinero a restituir, el patrón se encontraría generosamente pagado.

Se embarcó con gran excitación, ya que, por cuarta vez, su empecinamiento lo devolvía al teatro de la guerra, único escenario en el que se sentía a sus anchas.

Pasó por Guayaquil, lugar que meses atrás fuera testigo de la frustrante entrevista entre los dos grandes de América, y desde allí se fue a Quito, bordeando a lomo de mula las altas mesetas.



## IX

# Simón Bolívar

No sabía cómo lo recibiría Bolívar, qué cosas le habrían contado de él, pero lo tranquilizaba que el propio Libertador lo hubiera mandado a llamar. Evidentemente, habrían prevalecido opiniones de patriotas y amigos por sobre las de los traidores y contrarrevolucionarios. Bernardo sabía que Bolívar tenía ideas parecidas a las suyas; que era radical en sus ideas independentistas; que también había estado en Europa y se había contactado con las ideas de los grandes pensadores; claro que su residencia allí fue en circunstancias más propicias que las del coronel argentino: las de aquel fueron de conocimientos; las de este se debieron al exilio forzado y a deambular como pudiera.

Le habían contado el juramento que había lanzado a los cuatro vientos, desde el Sacromonte en Roma, con su tutor y compañero Simón Rodríguez como testigo:

«Juro por el Dios de mis padres —había exclamado—, juro por mi honor, y juro por mi patria, que no daré descanso a mi brazo, ni reposo a mi alma, hasta que haya roto las cadenas

que nos oprimen por voluntad del poder español!». Voluntades como esa se necesitaban en la conducción de la lucha. Bolívar le declaraba la guerra a muerte a España, sin vacilaciones como las de los pusilánimes dirigentes que aún soportaban en Lima y en Buenos Aires. El venezolano había dicho y escrito:

«Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa será tenido por enemigo y como traidor a la patria y, por consecuencia, será irremisiblemente pasado por las armas... Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América».

Este tipo de definiciones eran las coherentes con los sacrificios que venían haciendo los soldados de la independencia y el pueblo, y eran parte de la estructura del pensamiento del propio Montegudo, como lo había demostrado desde el gobierno en Lima.

Finalmente, se encontró con él en una casa de campo en las cercanías de Ibarra, ciudad intermedia entre Quito y Pasto, en donde Bolívar se había tomado un respiro de la guerra, para estudiar y planificar sus futuras acciones.

Cuando llegó al campamento, sucio, cansado y en ropa de paisano, los centinelas desconfiaron de él. Presentó el salvoconducto y la carta que llevaba firmada de puño y letra por Carreño, pero no le fue fácil superar las barreras de seguridad. Hasta que lo vino a buscar un sargento mayor:

—Disculpe, coronel, las trabas de nuestra seguridad. Acompañeme, por favor.

Dejó su cabalgadura en manos de los centinelas y siguió al suboficial que lo introdujo en la casona rural donde suponía estaría el Libertador. Pasaron varios patios engalanados por la exuberante flora de la región, y en el último, encontraron a Bolívar sentado a una mesa al aire libre, leyendo documentos y refrescándose con algún jugo de frutas.

—¡Coronel Monteagudo, bienvenido! —Lo recibió parándose y abriendo sus brazos.

Después de un abrazo efusivo, al separarse, Bernardo apreció la mirada franca y respetuosa del venezolano; ni bien se sentaron, notó su inquieto entusiasmo por intercambiar informaciones y juicios; y con el abrazo que se habían dado, se disipó en Bernardo cualquier duda sobre la disposición hacia su persona.

Lo primero que Bolívar le manifestó fue su respeto por su actuación de gobierno en el Perú; lanzó una carcajada al comentar las calumnias que se habían hecho rodar sobre su supuesta acumulación de riquezas; calumnias que habían llegado especialmente a sus propios oídos.

—Mis riquezas, general, que me las llevé de Lima, se circunscribieron a algunos libros clásicos, a mis uniformes y a un viejo frac que uso en ocasiones de festejos patrios. ¡Ah, me olvido!: también mi riqueza suma un sobre con perfumes europeos, con los que pienso seguir conquistando bellas americanas.

Bolívar rio con franqueza: le gustaba este mestizo de quien ya tenía todos los antecedentes de su actuación en sus manos.

—Las bellas americanas, coronel, son terreno de disputa entre los oficiales de mi tropa y yo, y lamentablemente, ahora usted.

El clima estaba logrado entre ambos guerreros.

—Estamos rodeados, coronel, de patriotas peruanos envidiosos que nos ven como conquistadores que queremos usurparles los altos puestos que creen merecer, y de traidores agazapados que se disfrazan de corderos.

—Yo, y también el general San Martín, ya experimentamos esa realidad, general, durante nuestro gobierno en Lima. Y creo que debemos reforzar nuestra vigilancia revolucionaria, porque allí está el huevo de la serpiente.

—Totalmente de acuerdo, coronel.

Al rato, entre copa y copa de un buen aguardiente con que lo homenajeó Bolívar, departían como viejos camaradas de armas.

—El Perú sigue siendo, para mí, un territorio complicado —le comentó el venezolano—, y más aún las personalidades con las que tendríamos que accionar. Su comandante San Martín me ilustró al respecto cuando nos encontramos en Guayaquil.

—Lo comprendo, Excelencia —respondió Monteagudo—, porque yo padecí esas personalidades. Pero se trata de culminar la guerra en el sur de América, en el lugar más reaccionario del subcontinente. Y no terminaremos la guerra si no derrotamos a esos realistas que resisten en las sierras.

Bolívar manifestó la misma prudencia que había tenido con San Martín.

—Usted tiene razón, coronel, pero deberemos sopesar con prudencia los tiempos. Colombia todavía necesita de nuestra tutoría.

Entre los muchos tópicos que departieron allí al aire libre, apenas protegidos por dos palmeras que intentaban contener el puro sol implacable, consumiendo refrescos frutales que una criada morena traía cada tanto, intercalándolos con el aguardiente, Bolívar le pidió que le hablara de Panamá. Intercambiaron opiniones al respecto, coincidiendo en que el istmo era un lugar altamente estratégico para planes futuros.

Ya las primeras sombras comenzaban a aparecer cuando Bolívar llamó a un asistente y le pidió que alojara al coronel argentino con todas las comodidades posibles.

—Descanse usted, coronel. Ya tendremos muchas ocasiones de intercambiar informaciones y estrategias.

En los encuentros sociales que allí tuvieron durante los siguientes días, compartiendo generosas comidas con diversos



personajes, el Libertador se interesó por todas las campañas de Bernardo; lo interrogó exhaustivamente sobre el carácter de los argentinos, para hacerse un cuadro de situación más completo sobre el proceso de la lucha por la independencia en el Sur. En ese tiempo comenzaron a forjar una verdadera amistad. Hablaron largamente sobre los graves problemas del Perú y de cómo solucionarlos; Monteagudo le insistía en el peligro de que se perdiese el Perú si él no concurría a salvarlo; Bolívar le confesó que el general Necochea, a quien pudo ver también por esos días, opinaba igual que él. Pero aun teniendo en cuenta estas opiniones, no se terminaba de decidir al respecto.

—No olvide, coronel, que yo recibo órdenes del presidente Santander, y él no acuerda que, por ahora, el ejército saque los pies de Colombia.

A pesar del decreto reciente que Riva Agüero, declarado enemigo del argentino en Lima, propiciara en sesión secreta en el Congreso, por el cual se le declaraba fuera de la ley si llegaba a pisar cualquier punto del territorio del Perú, Bernardo no dudó en señalar a Riva Agüero como el hombre más capacitado para gobernar aquellas tierras. Esto fue valorado por Bolívar, quien tiempo después, en un oficio de fecha 3 de febrero de 1823, le escribía a Santander:

Monteagudo es un personaje de mucha capacidad; es enemigo de Riva Agüero, porque es el autor de su caída, y dice, sin embargo, que es el hombre llamado a mandar en el Perú.

Bolívar era de la idea de que en el caso que llegara al Perú, quería contarle en algún ministerio en aquel país.

—Con la fama que allí tengo, no le haría ningún favor —le contestó el tucumano.

Bolívar se rio con ganas y le contestó:

—A los patriotas valientes y capaces como usted, yo los defiendo y los promuevo contra cualquier opinión.

Coincidieron rápidamente en la concepción estratégica de construcción de la unidad americana en cuanto ganaran la guerra. En cuanto a la situación actual de la causa emancipadora, Bolívar le expresó su idea sobre la necesidad de obtener ayuda, tanto militar como pecuniaria. Su proyecto era solicitar dicha ayuda a México, país que creía en condiciones de otorgarla, y sin más vueltas, le propuso que fuese su emisario en tal gestión. Por supuesto que Bernardo aceptó de buen grado tal misión. Se juntaban su deseo de ir a conocer Centroamérica, con el de volver a ser parte activa en la revolución.

Posteriormente, Bolívar envió al general Santander una carta, informándole sobre la tarea que le encargara a Monteagudo, en la que confiesa algunas opiniones sobre su persona:

Voy a dar un paso que no será exactamente conforme con las reglas y que espero le ponga a usted de modo que no parezca chocante. Es el caso que yo ando solicitando recursos por todas partes para el Perú. México está en plena paz, y como tiene la reputación de rica y grande, pudiera prestarnos tropas y dinero para el Perú a fin de que no falte ningún americano en el ejército unido de la América meridional. En consecuencia, voy a mandar a Monteagudo en una misión extraordinaria con este objeto. También llevará el objeto de felicitar de mi parte al nuevo gobierno de México por su establecimiento popular.

Monteagudo tiene un gran tono diplomático y sabe en esto más que otros. Tiene mucho carácter, es muy firme, constante y fiel a sus compromisos. Está aborrecido en el Perú por haber pretendido una monarquía constitucional, por su adhesión a San Martín, por sus reformas precipitadas y por su tono altanero cuando mandaba; estas circunstancias lo hacen muy temible a los ojos de los actuales corifeos del Perú, los que me han rogado por Dios que lo aleje de sus playas porque le tie-

nen un terror pánico. Añadiré, francamente, que Monteagudo conmigo puede ser un hombre infinitamente útil, porque tiene una actividad sin límites «en el gabinete» y tiene, además, un tono europeo y unos modales muy propios para una corte; es joven y tiene representación en su persona. No dudo que con el tiempo será un gran colombiano.

En Quito recibió Bernardo la orden de pasar a México, junto con las credenciales diplomáticas, las instrucciones y el dinero para moverse. Inesperadamente, antes de emprender el viaje, le llegó una carta del secretario de Bolívar en la que se le indicaba que suspendiera la misión. La carta decía:

Tengo la honra de participar a V. S., que su S. E. el Libertador, teniendo en cuenta la situación de los Estados del Sur y la convención preliminar celebrada entre el gobierno de Buenos Aires y los comisionados, y muy principalmente considerando que la misión de que ha sido V.S. encargado, acerca del gobierno de México podría ejecutarse con más acierto y sobre base más sólida y segura, después de consultado el Congreso Constituyente del Perú y visto el resultado de la convención de Buenos Aires, de las medidas que adopte Chile y el Perú, que han sido indicados por el gobierno de La Plata a entrar en igual convención, se ha servido prevenir que V.S. no haga uso de las credenciales y poderes que se le han confiado acerca del gobierno mexicano hasta otra orden de S. E.

Monteagudo encontró atinadas tales instrucciones y le contestó a Bolívar en los siguientes términos:

Mi amado general:

Ante todas las cosas, celebro el buen arribo de usted a esa orden, y no solo por lo que únicamente escriben de Lima, sino porque no hay probabilidad que no esté en su favor.

Creo que usted salvará del naufragio a ese país y que por su influjo cesarán de obrar en contradicción los elementos que hay en él.

Quedo enterado de las causas que usted ha tenido para ordenar que suspenda mi viaje. No me atrevo a discurrir sobre el tratado de Buenos Aires y su trascendencia porque tengo pocos datos para ello... Así me limito desde hoy a esperar la resolución de usted para de un modo o de otro salir de esta maldita estufa, donde por mi elección, jamás viviría una hora. Mi suerte está abandonada a usted, mientras esto se decida y felizmente creo que antes de pocos días veré el rumbo que debo seguir...

Mas se equivocó en esta última predicción, pues pasaba el tiempo y no recibía las ansiadas instrucciones. Estaba convencido de que Bolívar debía sufrir presiones políticas de algunos de sus detractores de Lima para que no se comprometiera con el indeseable expulsado, con lo cual calmaría los ánimos en el Perú o, por lo menos, no los atizaría más de lo que estaban. Si fuese así, Monteagudo no tenía ningún reproche que hacerle, ya que comprendía siempre lo dificultoso que es tratar de contemporizar todos los intereses en danza, cuando lo que está en juego es la necesidad de pacificar un país para que no caiga en la anarquía o en el peligro de ser reconquistado por el enemigo.

De todas maneras, el temperamental tucumano no podía quedarse ya más inactivo, por lo que decidió partir por su cuenta, hacia Guatemala primero y, de ser posible, llegarse luego hasta México. Prescindiría del aval diplomático y se movería por su cuenta y riesgo, apelando a sus avales como oficial de un ejército de la independencia en Sudamérica y ministro del reconocido San Martín.

Se lo hizo saber a Bolívar:

Mi amado general:

... Es verdad que la guerra se prolonga lo menos dos años: quizá este estado es preferible al de la paz. Mi único temor es que entretanto ocurran nuevas combinaciones en la política europea, que nos sean perjudiciales: también puede suceder lo contrario, pero el camino del porvenir es muy oscuro.

Lo cierto es, mi general, que usted tiene ahora que lidiar con dificultades y obstáculos que antes no ha conocido...

He devuelto a la Tesorería los doce mil pesos que recibí, y he entregado a Castillo, en un pliego cerrado, todas las credenciales y documentos que me dieron. Estoy persuadido de que ya no tendrá efecto mi comisión a México, pero yo saldré de todos modos el mes que viene para Guatemala y seguiré luego a Acapulco. Ya he pagado a usted y a mis amigos la obligación en que estaba de mostrar que siempre me hallo dispuesto a servir la causa de mi país. Tampoco es decoroso que permanezca aquí más tiempo.

Esta carta motivó una respuesta de Bolívar, quien consideró oportuno aprovechar el anunciado viaje para encargarle una nueva comisión, pero ahora de orden puramente confidencial, no oficial, ante los gobiernos de los países que se proponía visitar. Esto le demostró a Bernardo que las presiones políticas en el Perú hacían que el Libertador no lo pudiese utilizar pública y oficialmente, pero le satisfizo comprobar que no renunciaba a su colaboración, y buscaba, para ello, los caminos reservados.



## X

# El plan de la unidad americana

Se habían alineado los planetas: el deseo de Bernardo de llegar a Guatemala coincidía con el plan estratégico más integral de Bolívar. Los Estados centroamericanos, después de la retirada de las fuerzas mexicanas, habían adoptado el nombre de Provincias Unidas del Centro de América. Bolívar quería saber hasta qué punto los centroamericanos estaban dispuestos a comprometerse con la causa de la independencia suramericana. Bernardo estaba ansioso por conocer a don José Cecilio del Valle, eminente patriota, autor de un trabajo sobre una posible Confederación Americana, publicado en su periódico *El amigo de la Patria*, que leyera gracias a un amigo que se lo hiciera llegar estando él en Perú.

En algunos párrafos, Del Valle escribe:

Ya está proclamada la independencia en casi toda la América; (...) ya es acorde en el punto primero la voluntad de los americanos. Pero esta identidad de sentimientos no produciría los efectos de que es capaz, si continuaran

aisladas las provincias de América sin acercar sus relaciones, y apuntar los vínculos que deben unirlos. Separadas unas de otras siendo colocadas en el mismo hemisferio, el mediodía no existe para el norte, y el centro parece extranjero para el sur y el septentrión... Chile ignora el estado de Nueva España; y Guatemala no sabe la posición de Colombia. La América se dilata por todas las zonas; pero forma un solo continente. Los americanos están diseminados por todos los climas; pero deben formar una familia...

Yo quisiera:

1.º: Que en la provincia de Costa Rica o de León se formase un Congreso General, más expectable que el de Viena, más importante que las Dietas donde se combinan los intereses de los funcionarios y no los derechos de los pueblos.

2.º: Que cada provincia de una y otra América mandase para formarlos sus diputados o representantes con plenos poderes para los asuntos grandes que deben ser el objeto de su reunión.

(...)

6.º: Que fijándose en estos objetos formasen: I- la Federación grande que debe unir a todos los Estados de América; II- el plan económico que debe enriquecerlos.

7.º: Que para llenar lo primero se celebre el pacto solemne de socorrerse unos a otros los Estados en las invasiones exteriores...

Coincidía Montegudo exactamente con Del Valle. Y sabía que Bolívar tenía objetivos similares. Después de la independencia definitiva, el más grande objetivo, la guerra más esencial a librar, era la de la unidad americana. Y la fortaleza más poderosa a conquistar era la de la razón de los americanos para ganarla hacia este fin supremo.

Después de casi cuarenta días de fatigoso viaje, llegó a Guatemala, la tierra del jaguar y de las selvas intrincadas;



dominio del gran dios Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, creador de la vida humana; lugar de vital importancia en Centroamérica, había sido la segunda ciudad de la América española después de México, y tal jerarquía guardó hasta el momento de su destrucción por los terremotos llamados de Santa Marta, que la redujeron a ruinas el 29 de julio de 1773. Para el culto Monteagudo, historias ancestrales y leyendas habían sido leídas con avidez, y para el periodista político como también era, no dejaba de producirle un sentimiento de admiración saber que contaba dicha metrópoli con imprentas, desde el año 1651; con universidad desde 1680, y con una publicación como la *Gaceta de Guatemala*, desde 1729. Luego de los fatales terremotos que la destruyeron, la ciudad fue reconstruida en el valle llamado de la Ermita, lugar que hoy ocupa.

Conservaba una tradición cultural e intelectual que permitió brindar a la causa patriota gran capacidad de reservas humanas.

Allí, el argentino se contactó con la mayoría de ellos, intelectuales con los que intimó inmediatamente, como don José Francisco Barrundia, quien había permanecido oculto durante cinco años, escapando a la sentencia a la pena de garrote vil por haber participado de la conjuración de Belén, en 1813; don Manuel Montufar, al que sentía colega, periodísticamente hablando, por su labor en el *Editor Constitucional*; don Vicente García Granados que, aunque natural de Cádiz, había participado en la lucha libertaria de Guatemala; y tantos otros de igual valía para la causa. La sociabilidad de Monteagudo le facilitó que en poco tiempo estuviera vinculado a un grupo de patriotas a los que consideraba ya amigos, los que no solo le brindaron su hospitalidad, sino que, al calor de enterarse de los acontecimientos en el Sur, acogieron con entusiasmo sus propuestas.

Pensaba Monteagudo que Bolívar podía estar tranquilo en cuanto a la actitud solidaria de esta gente hacia la causa.

Su única decepción fue la de no encontrar allí a la persona que más ansiaba conocer: don José Cecilio del Valle. Residía este en México al momento de llegar Bernardo a Guatemala; allí, por lo que le explicaron sus amigos, estaba prestando gran servicio a la brega independentista. Le consoló, al menos, la noticia que aseguraba que era inminente su regreso. Aprovechó mientras tanto a consolidar sus nuevas amistades.

Sin demasiados esfuerzos, fue creando adhesiones a la idea del Congreso en Panamá y a la labor que venía desplegando Bolívar.

El éxito fue rotundo: se aceptó la idea de enviar un representante a dicho evento; fue nombrado para tal misión el doctor don Pedro Molina, uno de los hombres de ciencia más distinguidos de su tiempo, gran patriota y fundador y director del periódico *Editor Constitucional*, que tanto influyera en el triunfo en esas tierras.

Monteagudo se identificó enseguida con Molina, patriota cabal y de oficio periodista como él. Departieron en varias oportunidades, y el guatemalteco abrió su casa a su nuevo amigo argentino. En una cena brindada en honor a Monteagudo, Molina le explicó con lujo de detalles los avatares que pasaban en Centro América en la lucha independentista.

—Hubo un intento de sublevación contra España —le cuenta Molina—, en San Salvador, en noviembre de 1811.

—Prácticamente en poco más de un año —le interrumpió Bernardo— todas las colonias americanas comenzaron a pensar en sus independencias. En Buenos Aires fue en mayo de 1810.

—Buenos Aires y antes Chuquisaca —reflexionó don Pedro— fueron precursoras del fenómeno.

—Yo estuve participando en Chuquisaca, que fue un año exactamente antes que en el Río de la Plata. Estaba en la universidad de Charcas.

—¡Qué interesante! —dijo el doctor Molina— Ya me contará usted sobre dicha experiencia. En realidad aquí conocemos bien poco de los acontecimientos en Suramérica.

Habían terminado de cenar unos pavos asados, con verduras y abundante vino. La noche calurosa y húmeda entraba por los anchos ventanales, cubiertos de mosquiteros para impedir que también entrasen los miles de mosquitos atraídos por la luz de las velas. Lo que sí entraban eran los cantos persistentes de grillos y chicharras que oficiaban de música de fondo a la charla de los dos patriotas. Una ayudante de don Pedro retiraba discretamente los platos.

—Volviendo a Centroamérica, ¿qué pasó con ese intento que me relata sobre San Salvador?

—Fue encabezado por un cura llamado José Matías Delgado, quien secuestró al intendente y se apoderó de las armas; lamentablemente, fue rápidamente sofocado.

—¡Qué notable, don Pedro! Encabezó un cura la rebelión, al igual que el cura Hidalgo en México. Tal vez tenga que ver la influencia sobre los indígenas y el conocimiento cabal de los curas sobre el sufrimiento de esos pueblos.

—Seguramente. Ustedes en el Río de la Plata no tienen esa composición social con mayoría de indígenas. Otro intento fracasado ocurrió en diciembre de ese mismo año en Granada, donde los españoles lograron derrotar a un millar de criollos sublevados. Luego vinieron años difíciles, de marchas y contramarchas signadas por las divisiones internas entre criollos de unas y otras regiones, hasta que en 1821 logramos consagrar la independencia formal.

Departieron sobre el drama de los enfrentamientos entre hermanos, común a toda Hispanoamérica. Luego, Molina

le pidió al argentino que le contara del proceso de lucha en Suramérica, del cual sabían poco.

—Fíjese, don Pedro —comenzó a relatar Bernardo—, que tuvimos la suerte de contar con dos estrategias militares y políticas como José de San Martín y Simón Bolívar —Molina asentía y escuchaba con atención, mientras servía un exquisito coñac de sobremesa—. En el Río de la Plata, el proceso fue complicado por las posturas internas entre los propios americanos, pero tuvimos la suerte de que los chapetones no pudiesen llegar con sus tropas desde Lima. Más bien, San Martín les ganó de mano y los fue a buscar pasando a Chile y luego por mar hasta el Perú, expedición que tuve la suerte de integrar. Una vez liberada allí la capital virreinal, se instaló el gobierno revolucionario...

Molina lo interrumpió:

—Del cual usted formó parte, ¿no fue así?

—Efectivamente, yo lo integré. Pero luego los rencores, las envidias, los enfrentamientos fratricidas entre peruanos por un lado y argentinos y chilenos por el otro, vinieron a complicarlo todo, con el agravante de que las fuerzas españolas no estaban derrotadas y andaban merodeando por las sierras.

—¡Ese es un drama generalizado! Aquí también pasamos por eso —agregó don Pedro.

—Por eso es que creemos con Bolívar que el Congreso a convocar en Panamá tiene que servir para unirnos a los americanos, para que comprendamos que tenemos un enemigo común y un destino común —concluyó el tucumano.

—Sí, eso pienso yo también —dijo Molina.

Quedaron un momento en silencio, meditando cada uno lo tratado. Monteagudo terminó su copa de coñac y se paró:

—Se hizo tarde, don Pedro. Me voy a retirar. Le ruego que, si está de acuerdo, le envíe unas líneas a Bolívar, manifes-

tándole su decisión de participar del congreso. Eso estimulará mucho al Libertador.

—Eso haré con gusto, don Bernardo. Pero ahora soy yo el que le pide que me escriba un artículo para el *Editor Constitucional*, contando sobre el congreso que se piensa convocar en Panamá.

—Cuenta con ese artículo, don Pedro.

Se saludaron con efusividad. Los unía el respeto y el cariño por sentirse hermanados por la misma causa.

Bernardo le escribió, a su vez, a Bolívar contándole lo logrado. Bolívar, ni lerdo ni perezoso, en cuanto recibió la misiva del guatemalteco, le contestó en los siguientes términos:

Señor doctor don Pedro Molina: Enviado extraordinario y ministro Plenipotenciario de Centro América. Muy apreciado señor:

He tenido la honra de recibir la muy favorable carta de V.S. del 14 de junio, en Guayaquil, la que me anuncia el objeto interesante de que le ha encargado el gobierno de Guatemala acerca de los gobiernos del Sur.

Por el señor Monteagudo sabía que usted había sido nombrado para llevar a efecto la deseada Federación Americana, y que los talentos y virtudes de usted lo hacían muy capaz de ello. Por mi parte, me felicito que un alma tan elevada y un corazón tan puro sean empleados en la obra más grande para la dicha del Nuevo Mundo.

La patria de V. S. está todavía sin mancha, y sin los vicios de las revoluciones: ella, pues, entrará inmaculada a componer una parte del gran pacto que debe fijar los destinos de nuestras infantiles naciones...

Bolívar estaba tan entusiasmado como lo estaba su enviado Monteagudo; veían la factibilidad del proyecto y las condiciones que se iban dando.

El Libertador mandó a llamar a su lado a Bernardo, lo que a este puso muy alegre; era una especie de revancha para él recibir esa convocatoria. Comenzó a preparar el regreso.

Entre las nuevas que le comunicaba Bolívar, incluía la información de su embarque para el norte de Lima, el desenlace de la campaña y la salida del gobierno y del Perú de su enemigo Riva Agüero. El tucumano se congratuló por la terminación de tantos males.

Se apresuró a contestarle, en el convencimiento de que la nueva situación le favorecía, y de que el propio Bolívar había intercedido para aplacar en Lima los ánimos en relación con su persona; de otra manera no podía interpretar su claro llamado. Le decía en su última correspondencia:

Tiene Ud. la bondad de decirme que vuelva a donde está Ud. por hallarse de acuerdo los señores de Lima en cuanto a mi regreso.

Al recibir aquella carta tenía yo tomadas todas mis medidas para emprender mi marcha por tierra hasta Guadalajara y formar una idea exacta de aquel inmenso país. Pero consecuente a la oferta que he hecho a Ud. tantas veces, di de mano a mi proyecto y los mismos preparativos que tenía para el norte, me han servido para regresar a este punto.

Pasado mañana me embarcaré en Acajutla con dirección a Huanchaco donde creo encontrar a Ud., y si se hallase en otro punto seguiré a él sin detenerme...

Llevo materia para la conversación de un mes, y un regalo que Ud. apreciará por ser de una dama guatemalteca. Mucho, mucho tengo que decir a Ud. y por lo tanto lo reservo para nuestra vista.

## XI

# Nuevamente Bolívar

Dejaba, pues, su planificado viaje a México; dejaba buenos amigos; dejaba su intención de aguardar el regreso de del Valle. Pero no solo se llevaba mucho de Guatemala, sino que, además, volvía llamado por el Libertador, lo que interpretaba como una convocatoria firme a la lucha.

Llegó desde Quito a Huamachuco, donde estaba Bolívar, en abril de 1824; apareció tarde por la noche, y lo hizo acompañado de una querida amiga que, sabía, era muy cara a Bolívar: Manuela Sáenz. Se había topado con ella en Quito, en un baile al que habían invitado al argentino. Rápidamente habían hecho buenas migas, facilitadas las mismas por el hecho de que ambos tenían referencias del otro y perseguían el mismo objetivo de ir al encuentro de Bolívar. Pasaron algunos días intercambiando informaciones sobre la actualidad y la guerra, y el galán argentino hubiera intentado ganar su asedio a la fortaleza femenina de Manuela, si no fuera porque ella se debía en cuerpo y alma al Libertador.

Así que, un buen día, decidieron enfrentar sus destinos y partieron tras Bolívar.

El arribo de la pareja al campamento produjo gran revuelo, ya que todo el mundo allí sabía quiénes eran los llegados.

Por boca del propio Bolívar, más tarde, y confidencialmente, Monteagudo se enteró de que la noticia de la llegada se la dio el general Lara, hombre de su entera confianza, por la mañana muy temprano cuando lo despertó. Según Bolívar (se lo contó entrecortadamente por la risa), Lara le dijo:

—General, estamos por salir a salear a los godos y está Ud. cargando con mujeres; pues, la señora Sáenz ha llegado ayer tarde, y también el doctor Monteagudo, de Quito. Seguirán la campaña corriendo los peligros de ella. Mas debo indicarle que al doctor Monteagudo se lo van a matar en Lima, entre las manos como a gallo, porque es muy aborrecido en ella.

Bolívar dijo que le contestó mientras saltaba del catre muy contento:

—¡Ay de aquel que le toque un pelo! —Y le comentó a Lara cuestiones sobre sus habilidades y servicios prestados al Perú como ministro del general San Martín.

A Manuelita Sáenz, Bolívar la había conocido en Quito, cuando hizo su entrada triunfal después de la batalla de Pichincha y Bomboná, unos dos años antes. En la mañana del día 16 de junio de 1822, hacía el Libertador su entrada triunfal en Quito. La ciudad estaba de fiesta recibéndolo; el pueblo se agolpaba en las calles por donde debía pasar Bolívar con su comitiva para poder verlo. Las mejores viviendas de dos pisos lucían en sus balcones las banderas conmemorativas. Desembocaba en la plaza principal la columna cuando Bolívar sintió caer sobre su cabeza una magnífica corona de laurel y olivo adornada con cintas de colores; levantó la mirada al balcón desde el cual se la habían arrojado y vio a una hermosa dama que lo saludaba. Por la noche, en el baile de gala que la sociedad le ofreció, al presentarle don Juan Larrea a la señora Manuela Sáenz de Thorne, Bolívar reconoció en esta a la bella



dama de los ojos negros que le había arrojado la corona desde un balcón. Quedó inmediatamente prendado de esa mujer, y ese fue el inicio de una historia de amor que marcó al Libertador para siempre. Entonces era la señora de Thorne, un comerciante inglés. Se prendaron rápidamente uno del otro; la señora Thorne dejó a su marido y se ligó de vida y alma a Bolívar y a la causa libertadora, sin vacilar. Su inglés esposo intentó vanamente recuperarla; una carta de Manuela dirigida a su excónyuge muestra su honestidad y segura decisión, así como su caprichoso carácter y cáustico ingenio:

¡No, no, no más, hombre, por Dios! ¿Por qué hacerme pasar por el dolor de decir a Ud. mil veces que no? Señor, Ud. es excelente, es inimitable; jamás diré otra cosa sino lo que es Ud.; pero, mi amigo, dejar a Ud. por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de Ud. sería nada.

¿Y Ud. cree que yo, después de ser la predilecta de este general, y con la seguridad de poseer su corazón, prefiera ser la mujer del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido Ud. algo mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que Ud. llama honor. ¿Me cree Ud. menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente.

Déjeme Ud., mi querido inglés. Hagamos otra cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree Ud. mal este convenio? Entonces diría yo que era Ud. muy descontento. En la Patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues, como hombre, Ud. es pesado), allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores digo, pues, en lo demás, ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres; la conversación, sin

gracia, y el caminado, despacio; el saludar, con reverencia; el levantarse y sentarse, con cuidado; la chanza, sin risa: estas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal que me río de mí misma, de Ud. y de estas seriedades inglesas, etcétera, ¡qué mal me iría en el cielo!; tan mal como si fuera a vivir en Inglaterra o en Constantinopla, pues, los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fue Ud. conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo: ¿no tengo buen gusto?

Basta de chanzas, formalmente y sin reírme, con toda seriedad, verdad y pureza de una inglesa, digo que: No me juntaré más con Ud... Ud. anglicano y yo atea, es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve Ud. con qué formalidad pienso? Su invariable amiga, Manuela.

La Sáenz tuvo la honestidad de enviarle una copia de esa carta a Bolívar. He aquí la respuesta de este:

Mi amor: ¿sabes que me ha dado mucho gusto tu hermosa carta? Es muy bonita la que me ha entregado Salazar. El estilo de ella tiene un mérito capaz de hacerte adorar por tu espíritu admirable. Lo que me decís de tu marido es doloroso y gracioso a la vez. Deseo verte libre, pero inocente juntamente, porque no puedo soportar la idea de ser el robador de un corazón que fue virtuoso y no lo es por mi culpa. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya con tu deber y el mío. No se corta este nudo, que Alejandro con su espada no haría más que intrincar más y más; pues no se trata ni de espada ni de fuerza, sino de amor puro y amor culpable, de deber y de falta: de mi amor, en fin con Manuelita la Bella.

Bolívar.

La que quedaría para la historia como la Libertadora fue la fiel compañera tanto en los días de gloria como en los días de desgracia; dos veces salvó la vida de su amante cuando sus enemigos conspiraron para matarlo.

Manuelita era una hermosa mujer que, sin perder sus encantos, tenía el coraje de igual grado que el más aguerrido soldado del Libertador. Vestida con dormán rojo con brandeburgos de oro, y bombacha de cotonia blanca, cabalgaba a la usanza masculina cargada de armas y, cuando las circunstancias lo requirieron, entró en combate como el que más. A pesar de sus actitudes viriles, conservaba la exquisitez del bello sexo y era muy culta: por ese tiempo leía a Tácito y a Plutarco y estudiaba la historia de la Península en el Padre Mariana, y la de América en Solís y Garcilaso.

Manuela Sáenz y Bernardo forjaron una buena amistad sustentada en una comunión de vocaciones coincidentes, como la lectura de los clásicos antiguos, la admiración por Voltaire y otros enciclopedistas que ambos habían leído con fervor, como también las relacionadas al papel que, entendían, le estaba reservado a Bolívar en la guerra y en el período posterior a la liberación.

Bolívar estaba encantado con la llegada de ambos, y rápidamente los incorporó a su círculo más íntimo; los invitaba a participar en debates que él mismo propiciaba, en las charlas intelectuales que degustaba, sobre todo, en las horas de las comidas. Muchas veces ese incentivo buscaba el enfrentamiento de sus invitados, con lo que se divertía muchísimo. En varias ocasiones azuzó a Monteagudo contra su ministro Sánchez Carrión, sabiendo que ambos no se profesaban simpatías por las discordias pasadas en el gobierno del Perú. Sobre todo se aprovechaba del hecho de que el ministro era un católico fanático y Monteagudo un ateo volteriano. En estas

lides coloquiales, Bernardo contaba, invariablemente, con el apoyo de Manuelita, lo que hacía gozar más aún al anfitrión.

Pero al margen de estos momentos de esparcimiento que se permitía el Libertador, durante el resto de las horas trabajaban juntos, muy intensamente. Bolívar estaba por entrar en el Perú; sabía que tendría que enfrentarse a hombres del propio bando que, lamentablemente, privilegiarían ante todo, sus posiciones y ambiciones personales. Indagaba a Bernardo para terminar de hacerse un cuadro de situación completo y exacto; supo por su boca todos los escollos que muchos personajes le habían puesto a San Martín. Sobre todo, el coronel argentino se preocupó en hacerle saber la resistencia que le había brindado la oligarquía peruana a las medidas de abolición del tributo indígena y el trabajo forzado en las minas, con el argumento de que la libertad provocaría desertión en minas y haciendas; en el fondo preveían el fin del sistema colonial de tenencia de la tierra.

—No esperemos, mi general —le dijo al respecto—, apoyo de ese sector a la independencia.

Bolívar lo escuchaba y asentía. Sabía muy bien qué intereses defendían estos grupos, por ser él un hombre proveniente de uno de ellos.

Se preocupó de que le brindara infinidad de informaciones sobre el terreno de la guerra que habían transitado con su general compatriota. Volcados sobre un gran mapa del Perú, Bernardo le iba señalando los desplazamientos que hiciera el Ejército de los Andes y los de las fuerzas realistas. Repasaron juntos toda la situación militar: Rodil protegido por sus cañones en la fortaleza del Callao y Canterac con su infantería en las sierras, seguían siendo las principales preocupaciones.

## XII

### Sirviendo al Libertador

A partir de ese encuentro, se sumó de lleno a la campaña que venía desarrollando Bolívar. Incorporado a su Estado Mayor, tuvo la suerte de estar a su lado en agosto de 1824, cuando la caballería patriota batió contundentemente en los llanos de Junín a la arrogante caballería realista.

El Libertador arengó con emoción a su tropa:

—¡Soldados, vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres... El Perú y la América entera aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria. Vosotros sois invencibles!

La Batalla de Junín se libró el 6 de agosto de 1824, en las pampas cercanas al lago Junín, en la cordillera central peruana. Fue el penúltimo enfrentamiento armado entre el ejército patriota y el realista por la independencia de América del Sur.

El ejército español permanecía pernoctando en los alrededores del lago Junín, por lo que los patriotas marcharon hacia allí para librar al territorio del dominio imperial.

El general José de Canterac dirigía las fuerzas de la Corona española.

Los españoles se encontraban divididos en dos grandes agrupaciones en las tierras altas del Cuzco. Al mando del general Canterac había seis mil soldados y mil doscientos jinetes, y bajo las órdenes del general Jerónimo Valdez había unos catorce mil soldados.

Los patriotas tenían entre siete y ocho mil soldados y unos mil trescientos jinetes, en su mayoría originarios de Colombia, Argentina, Perú y Chile. Entre ellos, el argentino Isidoro Suárez comandaba a los húsares del Perú, mientras los húsares de Colombia eran encabezados por el venezolano José Laurencio Silva.

Bolívar aprovechó que sus enemigos estaban divididos para emprender el ataque. Al anochecer, el general Canterac se retiró ante la posibilidad de ser derrotado en la difícil llanura. La batalla no duró más de una hora, por lo que la victoria obtenida por los patriotas fue relativamente rápida y la mayor parte de ambas milicias no tuvo que intervenir en el combate. La baja por parte de los realistas fue de unos trescientos sesenta soldados y unos cien prisioneros; centenares desertaron. Por parte de los americanos, las bajas fueron unos cuarenta y cinco combatientes y un centenar de heridos.

La conducción patriota comenzaba a darse cuenta de que el triunfo de Junín era el principio del fin de la dominación española sobre el Sur de América.

Nuevamente hizo Monteagudo vida de soldado, luciendo con orgullo su uniforme de coronel.

Como una satisfacción personal, Monteagudo sintió el haber podido compartir esa victoria fundamental con su amigo O'Higgins, a quien había reencontrado en Trujillo, desterrado y desalentado. ¡Trágicos destinos los de los valientes soldados que se ganan el destierro y la repulsa de sus compatriotas como pago de sus servicios a la patria! Bernardo se solidarizó con O'Higgins y le prometió entonces

que iba a hablar con Bolívar para que se pudiera sumar a las filas independentistas. Junín fue el escenario digno para su regreso a la lucha.

En una de las tantas marchas en operaciones con la caballería de Bolívar, llegaron a Huancayo, en donde Montegudo tuvo una gran alegría: entre los oficiales que los aguardaban para alistarse como refuerzos a su columna, se encontraba su amigo «panameño», el coronel O'Connor. Se abrazaron emocionados.

—Se ha cumplido la promesa del reencuentro —le dijo el querido irlandés—. Ahora solo falta que se nos dé la posibilidad de poder combatir codo a codo al enemigo.

Así eran esos guerreros de la independencia: se ponían contentos como niños cuando tenían la oportunidad de compartir una batalla con amigos.

Con O'Connor y sus valientes panameños anduvieron juntos durante un tiempo y pudieron pelear unidos en algunas escaramuzas. En una de ellas lograron interceptar una carta en clave del general Canterac, dirigida al general Rodil que todavía resistía en los castillos del Callao. Era una misiva escrita en una clave muy complicada, la que al principio no pudieron descifrar; pero a Bernardo le fue dando vueltas en la cabeza, mientras cabalgaban hacia el pueblito en donde iban a pasar la noche y a reponerse de los desgastes del combate. De pronto, se le iluminó la mente y se dio cuenta de que creía haber descubierto el código para poder descifrar el documento. Así se lo manifestó a O'Connor:

—Creo que ya la he hallado.

—¿Qué cosa ha hallado usted, coronel? —le preguntó el irlandés extrañado.

—La cifra que utiliza el enemigo. En cuanto desensillemos se la dictaré a usted para que la pase en limpio.

Después de disponer cuarteles para la tropa y alojamiento para los oficiales, se sentaron con O'Connor a la luz de una vela y comenzaron el trabajo. Previamente, el irlandés se proveyó de carne charqueada, pan y una botella de vino, así que, mientras Bernardo garabateaba sobre un papel, el otro cortaba las lonjas de carne, el pan y servía el vino.

—No le conocía esta habilidad, coronel.

—Un viejo sargento de San Martín me enseñó a descifrar en la campaña chilena. De todas maneras, no todas las cifras son iguales; veremos con esta.

Monteagudo comía mientras operaba sobre el mensaje; el trabajo no le impidió tomarse unos buenos vasos de vino:

—No será el vino que usted tenía en el convento —aclaró Bernardo—, pero en circunstancias como esta, después de combatir y ganar, sabe como los suyos.

Ambos rieron.

Era la cifra más difícil que Monteagudo había encontrado en su vida, pero una vez descubiertos los códigos que se habían utilizado, fue fácil reconstruir el mensaje: Canterac le informaba a Rodil de la derrota que su caballería había sufrido, y le brindaba datos sobre sus futuros desplazamientos. La información iba a ser de mucha utilidad.

Bolívar le agradeció efusivamente al argentino, más tarde, el haber descifrado aquel mensaje.

Bernardo servía a Bolívar en las más diversas cuestiones, desde darle consejos sobre la mejor forma de sortear los escollos de una topografía inhóspita —que él bien conocía—, hasta apreciaciones sobre las formaciones y cualidades del enemigo; en el medio, también le tocó hacerse cargo de algunas misiones diplomáticas, como la de ir a la costa del Pacífico, ante los sucesos adversos ocurridos allí, a fin de interiorizarse de la situación y traerle una información pormenorizada sobre lo que más convendría hacer con la



pequeña escuadra libertadora. Al respecto, le escribió a Bolívar, una vez que tuvo un panorama completo:

La situación en que he hallado los negocios de la Costa no es la que yo esperaba, ni la que era más de desear (...); lo que sí puedo asegurar a Ud. es que el «Asia» ha llenado de terror a todos, y es preciso confesar que con razón, pues a más de haber perdido nuestra superioridad marítima, lo peor es que tardaremos mucho en recobrarla... todos convienen en que el «Asia» está en muy buen estado, y aún más el «Aguiles», que los buques enemigos guardaron perfectamente la línea en el último combate, y los nuestros al contrario...

Mi opinión sobre el destino de la escuadra enemiga y los dos transportes que han salido con ella, es que si han llevado tropas, van a Intermedios, y si no van a Chiloé para traerlas a Arica. Digo esto porque no se sabe a punto fijo si van vacíos o no.

Entre tanto, el estado de Chile es deplorable; hay datos para temer que los españoles intrigan con suceso en aquel país.

Mi general: vuele Ud. hacia acá, porque hay mil objetos de inmensa trascendencia que, solo su presencia podría atender y conciliar...

En otra oportunidad, Bolívar le encomendó una misión nada menos que ante el general realista Rodil: debía proponerle la desocupación del Callao, en forma pacífica y decorosa, garantizándoles la vida y el trato de prisioneros de guerra acorde con las reglas del honor militar. Monteagudo llegó a la rada del Callao en un barco con bandera peruana (todo un símbolo y también una provocación), y allí, sobre la cubierta del navío, se entrevistó con el enviado de Rodil. Fue un encuentro hostil: el oficial español se burló de los ofrecimientos; con petulancia le señaló al tucumano que en tres días recibirían refuerzos de

Guruzeta; además sabían —dijo— que en Europa se preparaban grandes expediciones punitivas y que, por lo tanto, Rodil debía conservar el Callao para ofrecerles un punto seguro de arribo. Con respecto a la información que Monteagudo le dio sobre la capitulación de los suyos en la sierra, contestó que solo la creerían si La Serna y sus jefes principales venían a contársela al Callao.

Volvió, pues, Bernardo con las manos vacías en cuanto a resultados, pero con la convicción de que el enemigo alardeaba para ocultar sus propias debilidades y dudas.

Así pasó meses sirviendo como militar bajo el mando del grande de Bolívar.

El Libertador de Venezuela y Nueva Granada llegó a Lima al frente de un ejército de siete mil colombianos, venezolanos y ecuatorianos. Con él entró Monteagudo en Lima, después de dos años de haber sido expulsado de allí. De nuevo se enfrentaba a las miradas de odio de aquellos que le temían o envidiaban, pero estaba al lado del Libertador y callaban, y no se animaban a atacarle.

Los patriotas recobraron ánimo. Inmediatamente, el Congreso sancionó una ley que decía:

El Congreso deposita en el Libertador presidente de Colombia, la suprema autoridad militar en todo el territorio de la República, con las facultades ordinarias y extraordinarias que la actual situación de esta demanda...

Bolívar llegaba con planes de gobierno, y no se dejó llevar por los adulones de siempre que le acercaban consejos y modelos «ejemplares».

—Consultemos el «Espíritu de las Leyes» y no el de Washington —respondía a aquellos.

Tampoco fue benévolo con los traidores: no se anduvo con vueltas en cuanto a encarrilar la situación: a los diez días de su llegada, fueron encarcelados, acusados de entenderse con el enemigo, el expresidente de la República, Riva Agüero, y su ministro, el general Herrera. Iban a ser fusilados por orden de Bolívar, cuando el almirante Guise los salvó refugiándolos en sus buques.

En cuanto al otro jefe de facción, Torre Tagle, pronto tendría que ampararse en el ejército realista, convicto también de entendimiento con los godos; así terminaba uno de los más enconados enemigos de Bernardo, el causante de su último destierro; simultáneamente, su ministro de guerra, general Berindoaga, era fusilado en Lima.

Además de tener que vérselas con personajes con los cuales no simpatizaba, se encontró Monteagudo con fieles amigos y tiernos recibimientos de atractivas damas para las que siempre era bienvenido. Se dejó llevar por los goces de la vida social, pública y no tanto, con la tranquilidad en cuanto a que, como buen soldado que hizo la guerra, merecía un poco de placer mundano lejos de los campos de batalla.

Juanita, su bella limeña enamorada, lo reconfortó en el reencuentro.

Monteagudo dejaba sus obligaciones oficiales al caer la tarde, ponía su mente en blanco, y cruzando la plaza de La Micheo, caminaba por la calle Belén hasta la acogedora casita de su amante, quien lo aguardaba cada día con su cariño y técnicas de relajación.

—¿Qué tal, mi bella princesa? —la saludaba galantemente Bernardo.

—Hola, mi hombre enamorado —lo esperaba Juanita con un mate, hábito que le transmitiera su amante—. ¿Cómo te ha ido hoy?

Bernardo se sacaba su capa y sombrero de copa, dejaba su espadín sobre la mesa y, abrazando a la bella trigueña, le relataba en síntesis su jornada, sin comentarle cuestiones reservadas de Estado ni las agresiones directas o de palabra que venía sufriendo. En esa casita con calor de hogar, que Montegudo nunca antes había disfrutado, escuchaba las tiernas palabras de la Salguero, orgullosa de las responsabilidades de su amado, envolviéndolo en una atmósfera de paz, tranquilidad y cariño. Y se iba acostumbrando a degustar de esa intimidad.

Pero también tuvo que acostumbrarse a los anónimos insultantes y las amenazas de muerte que diariamente le llegaban por distintas vías. Muchos seguían sin perdonarle sus reformas de gobierno y sus posiciones radicalizadas. Alguien que lo apreciaba le sopló al oído que se cuidara del ministro de Relaciones Exteriores, José Sánchez Carrión, quien, además de tener con él cuentas pendientes del pasado, estaba ahora furioso por su relación estrecha con Bolívar.

# XIII

## Gestiones hacia el Congreso de Plenipotenciarios

Monteagudo coincidía con Bolívar en la necesidad de dar pasos concretos, ahora que la situación lo permitía, para avanzar en el común sueño de concretar la federación americana.

Se había logrado con anterioridad que el gobierno de Colombia nombrara agentes diplomáticos para comenzar las gestiones con los gobiernos independientes de América. El señor don Miguel Santamaría había sido comisionado para ir a México, y el general don Joaquín Mosquera, a Perú, Chile y Buenos Aires. Las instrucciones que estos delegados habían llevado rezaban:

Nada interesa más en estos momentos, como la formación de una Liga verdaderamente americana. Pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensas y defensas; debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos. Es necesario que la nuestra sea una Sociedad de Naciones hermanas, debemos poner desde ahora los cimientos de un cuerpo 'anfictiónico' o

asamblea de plenipotenciarios que dé impulso a los intereses de los Estados Americanos...

Se había logrado firmar en Perú —mientras Monteagudo estuvo de ministro de San Martín— un tratado con el enviado de Colombia, el general Mosquera, avalando este alto propósito. Pero, lamentablemente, veinte días después de la firma del mismo, se producía el desplazamiento y destierro del hombre fuerte del Protector.

Ahora las condiciones volvían a ser nuevamente favorables. Desde Guayaquil le había escrito Bolívar a Monteagudo el 5 de agosto de 1823:

Mi querido amigo: ... debe usted saber que el gobierno de su patria ha rehusado entrar en federación con pretexto de debilidad con respecto al Poder Federal, y de imperfección, con respecto a la organización. También dice que Colombia no debió dirigirse en particular a cada una sino en general a todas; que por qué no se ha convidado a la América del Norte; que el Imperio de México vacila; que por qué hemos ofrecido el territorio de Colombia para la residencia del Congreso. Últimamente nos ha dicho el señor Rivadavia, con un tono de superioridad muy propio de su alto saber, que no debemos confirmar a la Europa de nuestra ineptitud, sino, por el contrario, esforzarnos en mostrarle nuestra capacidad con proyectos... Esto es en substancia lo que respondió a Mosquera, con el intento de excusar a Buenos Aires la nota de no poder presentarse en federación como Estado y gobierno nacional, ni como provincia, porque no admitimos provincias, por ser partes constitutivas de un Estado interno, y no externo, como son recíprocamente las naciones entre sí. De suerte como las uvas están altas, están agrias; y nosotros somos ineptos porque ellos son anárquicos: esta lógica es admirable, y más admirable aún el viento pampero que ocupa el cerebro de aquel ministro.

Perdone usted, amigo, si ofendo la vanidad de algún amigo de usted en lo que le digo; mas como supongo a usted ofendido como yo, me tomo esta libertad con la franqueza que se usa de ordinario entre las personas ligadas por una misma suerte...

Debe usted saber, que el mismo gobierno de Buenos Aires entregó a Mosquera un nuevo proyecto de confederación mandado de Lisboa para reunir en Washington un congreso de plenipotenciarios, con el designio de mantener una confederación armada contra la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú... El proyecto fue mandado por el ministro de Estado de Lisboa al ministro de Buenos Aires y este lo ha dirigido a Mosquera sin añadirle una sola palabra. Mosquera dice que sabe, porque se lo dijo Rivadavia, que había respondido el gobierno de Buenos Aires que estaba pronto a entrar en paz y amistad con Portugal simplemente. Dios sabe lo que será...

... Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta Liga seremos sus humildes servidores, porque formando una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos...

Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete: después que estemos unidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los invitados...

Estrujó la misiva entre sus dedos.

«¡Siempre Rivadavia entrometiéndose a favor de los ingleses!», maldijo entre dientes.

Monteagudo se daba cuenta, primero, de que las dificultades propias del proyecto de la federación, sumadas a las políticas de afuera, pesaban bastante en el ánimo del Libertador, al punto de hacerlo meditar sobre la oportunidad de los tiempos; segundo, las posturas negativas y deformadas de sus compatriotas de Buenos Aires, proclives a caer en las garras de Inglaterra gracias al papel nefasto de Rivadavia, quien indirectamente continuaba persiguiéndolo y combatiendo sus ideas.

Profunda desazón le causó el comprobar que en el Río de la Plata se abrían paso las ideas europeizantes y conciliadoras. ¿A dónde habían ido a parar los juramentos proferidos en la Sociedad Patriótica y Literaria? Se estaba traicionando el espíritu patriótico que tantos revolucionarios habían defendido, hasta entregar la vida, en los campos de batalla de tres países americanos.

Monteagudo sintió aún más fuerte su compromiso con la causa, porque eran muchos los muertos que obligaban a no abandonarla. No tuvo en cuenta la ironía con que Bolívar le enrostraba, sutilmente, la posición de sus compatriotas. Bernardo sabía que Bolívar era soldado de íntimas convicciones no negociables, y se trazó el objetivo de ayudarlo para demostrarles a los americanos que las perspectivas de realización del común sueño de la unidad y la integración eran válidas y muy posibles.

De manera que se abocó a un trabajo perseverante, aumentando aún más las preocupaciones y envidias de Sánchez Carrión y tantos otros peruanos que no compartían esa visión de la política internacional. Estaban en Pativilca cuando les llegó la gran noticia del triunfo en la batalla de Ayacucho. ¡Bravo por Sucre, a quien le hicieron llegar el beneplácito! ¡Ese era el golpe de gracia al enemigo! Comenzaba a desmoronarse la dominación española en América del Sur. Más de trescientos años habían llevado crear las condiciones para la expulsión defini-



tiva del conquistador (muchos menos que los ochocientos que les llevó a los ibéricos desprenderse del islam). Salvo dos islas caribeñas, Cuba y Puerto Rico, el continente quedaba liberado.

¡América emancipada! Quince años habían pasado desde que, en la lejana Chuquisaca, Monteagudo y sus amigos se habían animado a ponerle el pecho y las razones al español; ahora comenzaban a cosechar los frutos de tal osadía.

Bernardo pensó con dolor en tantos camaradas de armas, en tantos amigos que habían regado con su sangre la tierra del continente, desde el Río de la Plata, el Alto Perú, Chile, el Perú... Los que quedaban estaban vivos para levantar las banderas que ellos dejaron caer en sus agonías, y no tenían otro destino que el de marchar hacia el final, para no defraudarlos.

«¡Ay, San Martín! ¿Por qué no estaría él con nosotros para gozar de este triunfo?», pensó. Su mente siguió recorriendo momentos de su agitada vida: «Castelli, revolucionario cabal, derrotado no por los españoles sino por los de nuestro mismo bando. Antes fue Moreno. ¿Cuántas tragedias más tendremos que soportar hasta lograr desembarazarnos de los dominadores y los pusilánimes que se les pliegan?». Recordó con cariño a sus compañeros de la universidad en Chuquisaca, revolucionarios como él: «A dónde los habrá llevado el torbellino de la guerra? ¿Cuántos de ellos seguirán vivos? ¿Michel, el Mataco, vivirán?».

«Cuando Cisneros envió al Alto Perú al torturador Nieto y el virrey del Perú hizo lo mismo con Goyeneche —rememoró— se instaló brutal la contrarrevolución, y hubo muchos patriotas inmolados: Murillo, los García Lanza y tantos otros condenados a la horca. Decía la sentencia que “a Murillo y Jaen se les cortará la cabeza y serán ellas colocadas en escarpas a la entrada del Alto de Potosí, y en el pueblo de Cuzco”».

El odio los hacía ensañarse, a tal punto que recordaba la sentencia a Manuel Cossio: «Será pasado debajo de la horca,

después de presenciar la ejecución de sus compañeros, montado en un burro de albarda». También recordaba al querido militar Arenales, tomado prisionero y encerrado en El Callao.

Todo eso pesaba en la conciencia de Monteagudo, lo que le hizo justificar sus propias medidas fusilando y encarcelando a diestra y siniestra mientras estuvo en el gobierno de San Martín en Lima.

Ahora cambiaba la mano otra vez.

Los patriotas que recibieron aquel chasque agotado, terroso pero feliz, que les traía la buena nueva del triunfo en Ayacucho, se habían abrazado y habían llorado como niños. ¡Era mucho, quizás todo, esa noticia para ellos! Percibían que comenzaba una nueva etapa, a pesar de que aún estaban los realistas, con Rodil a la cabeza en El Callao, y varios jefes españoles deambulando por las sierras, ignorando, casi seguro, la capitulación de Ayacucho. Pero eran rémoras, cuya eliminación solo era cuestión de tiempo.

Ahora, gracias al triunfo de Sucre, sí podían avanzar en el objetivo de la unidad. Para lo cual, lo primero era que Bolívar dejase de pensar en el Perú, que le permitiera gobernarse por sí mismo y se concentrase en la consolidación de la Gran Colombia y en la convocatoria del Congreso de diputados de toda América. Panamá era el lugar que ofrecía mejores condiciones para realizar dicho Congreso, y para ello, la presencia de Bolívar en Bogotá, u otro lugar más cercano al istmo, contribuiría a garantizar tales condiciones.

Ya hacía tiempo que Bernardo venía trabajando en este asunto en su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los Estados Hispano-Americanos y plan de su organización*, escrito en Quito a su regreso de Panamá; dice, entre otras cosas:

Independencia, paz y garantías, estos son los intereses eminentemente nacionales de las repúblicas que acaban de na-

cer en el Nuevo Mundo. Cada uno de ellos exige la formación de un sistema político, que supone la preexistencia de una asamblea o congreso donde se combinen las ideas y se admitan los principios que deben constituir aquel sistema y servirle de apoyo.

Y después de enumerar algunas dificultades propias, y otras externas, como el peligro de invasión de la Santa Alianza, afirma:

Esta rápida encadenación de escollos y peligros muestra la necesidad de formar una liga americana... Toda la previsión humana no alcanza a penetrar los accidentes y vicisitudes que sufrirán nuestras repúblicas hasta que se consolide su existencia.

Esta obra pertenece a un congreso de plenipotenciarios de cada Estado que arreglen el contingente de tropas y la cantidad de subsidios que deben prestar los confederados en caso necesario. Cuanto más se piensa en las inmensas distancias que nos separan, en la gran demora que sufriría cualquier combinación que importase el interés común, y que exigiese el sufragio simultáneo de los gobiernos del Río de la Plata y de México, de Chile y de Colombia, del Perú y de Guatemala, tanto más se toca la necesidad de un congreso que sea el depositario de toda la fuerza y voluntad de los confederados; y que pueda emplear ambas, sin demora, dondequiera que la independencia esté en peligro...

... Solo aquella misma asamblea podrá también con su influjo y empleando el ascendiente de sus augustos consejos, mitigar los ímpetus del espíritu de localismo que en los primeros años será tan activo como funesto...

... Mas la reunión de los hombres más eminentes por su patriotismo y luces, las relaciones directas que mantendrán con sus respectivos gobiernos y los efectos benéficos de un sistema dirigido por aquella asamblea, mantendrán

la confianza que inspira la idea solemne de un congreso convocado bajo los auspicios de la libertad, para formar una liga en favor de ella.

Esas ideas propiciaba Monteagudo y las compartía Bolívar. El Libertador, casi diez años antes, en su autoexilio en Jamaica, a donde llegaba derrotado frente a las fuerzas de José Tomás Boves en 1814 y sufriendo la caída de Venezuela y, por ende, del fracaso de refundación de la República, es que le dictó a Briceño Méndez la famosa misiva que se conoce como la Carta de Jamaica, en la que expresa:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello que sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!

Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esa especie de corporación podrá tener lugar, en alguna época dichosa de nuestra regeneración.

Pero antes de llegar a un intento al respecto, al Libertador le preocupaba su objetivo de dejar organizado primero al Perú. Todavía quedaba un poderoso ejército realista en el centro del Perú y del Alto Perú, de alrededor de quince mil hombres. En Lima cundían la anarquía y los enfrentamientos debidos a la

demoledora acción de las facciones políticas. Los últimos restos del ejército argentino-chileno no llegaban a tres mil soldados mal pertrechados y desmoralizados. El triunfo de Ayacucho volvía a crear las condiciones para convocar ese Congreso Anfictiónico con el que soñaba Bolívar. El Libertador le instruyó a Monteagudo para que le trajera el borrador del documento en el que habían trabajado al respecto.

Bolívar la leyó con detenimiento en presencia del argentino; se paseaba por la circunstancial sala de su Estado Mayor; leía a media voz, para sí, pero remarcaba y se le hacían entendibles aquellas frases que lo entusiasmaban.

—Bernardo —le dijo devolviéndole el escrito—, quizás sea ahora o nunca; es tiempo ya de la unidad que necesitamos. Páselo en limpio y acérquemelo para firmarlo. Daré instrucciones para que lo envíen de inmediato a todas las repúblicas hermanas.

En esas instrucciones Bolívar excluyó de la lista, expresamente, a los Estados Unidos de América. Poseía información que lo ayudaba a discernir al respecto: una carta de Thomas Jefferson a James Monroe, en la cual el estadista norteamericano predice una rápida expansión de los Estados Unidos más allá de sus fronteras, a fin de cubrir «todo el continente Norte, y acaso el Sur». Y también una carta del nombrado a Lafayette, en la que consideraba a «nuestros hermanos del Sur» como seres no preparados para la independencia. La ignorancia y el prejuicio —había escrito— no son bases propias para el autogobierno: los hispanoamericanos son incapaces de gobernarse a sí mismos.

Por supuesto, Monteagudo coincidía con las prevenciones del Libertador y con su criterio.

El documento que habían redactado decía:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América (...) es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos... Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria, unida por nuestras armas contra el poder español...

La reunión de los plenipotenciarios de México, Colombia y el Perú se retardaría indefinidamente, si no se promoviese por una de las mismas contratantes...

Al considerar las dificultades y retardo por la distancia que nos separa (...) me determino a dar este paso con la mira de promover la reunión inmediata de nuestros plenipotenciarios, mientras los demás gobiernos celebran los preliminares que existen ya entre nosotros sobre el nombramiento o incorporación de sus representantes.

Con respecto al tiempo e instalación de la Asamblea, me atrevo a pensar que ninguna dificultad puede oponerse a su realización en el término de seis meses, aun contando el día de la fecha...

Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por el otro al África y la Europa. El istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia para este fin, en los tratados existentes.

... me siento con una gran propensión a mandar a Panamá los dos diputados de esta República, apenas tenga el honor de recibir la ansiada respuesta de esta circular. Nada ciertamente podrá llenar tanto los ardientes votos de mi corazón como la conformidad que espero de los Gobiernos Confederados a realizar este augusto acto de la América.

El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el istmo de Corinto comparado con el de Panamá?

Dios guarde a V.E.

Vuestro grande y buen amigo.

Simón Bolívar

La suerte estaba echada. Este documento no pudo llegar en momento más oportuno a las manos de sus destinatarios. Ya la América estaba prácticamente toda liberada; un sol soberano irradiaba sus rayos benefactores sobre el continente que, hasta no hacía mucho, estaba sumido en las tétricas sombras producidas por las nubes de la dominación española.

El éxito del Congreso se evidenciaba seguro para las nobles naciones que acababan de consolidar su independencia; ahora tendrían que abocarse a la preparación del mismo. Monteagudo comenzó a pensar en su viaje a Panamá, en su carácter de delegado del Libertador.





## XIV

### El final de un patriota

Aquella noche del 28 de enero de 1825, oscura y calurosa, Monteagudo iba, como de costumbre, a la casa de su amada Juanita. Cruzó la plaza San Juan de Dios, atravesó luego la otra pequeña plaza triangular contigua, la plaza de La Micheo, y siguió caminando por la calle de Belén. Iba ensimismado en sus pensamientos, preocupado por los enfrentamientos que recrudecían hacia su persona por parte de los limeños que respondían a Sánchez Carrión, por lo que se alertó cuando dos figuras embozadas se cruzaron en su camino. Sobresaltado pensó en un asalto, mas no atinó a nada cuando una de esas figuras se le tiró encima, clavándole un puñal en el pecho. Los asesinos escaparon corriendo, favorecidos por la oscuridad y lo solitario del lugar, y Bernardo, con el puñal clavado en el tórax, se derrumbó sobre la acera. Se dio cuenta de que estaba agonizando. La circunstancia posible de un atentado contra su vida se había hecho realidad. En ese instante comenzaron a desfilar por su mente los rostros de tantos revolucionarios que habían muerto por la causa. Fue consciente de que él

estaba entrando ahora en esa lista de los amigos venerados por mártires. Le vino la imagen de Mariano Moreno, asesinado con veneno en alta mar, cuando su exilio disfrazado de misión diplomática lo llevaba a Gran Bretaña; luego le apareció Juan José Castelli, agonizando por su cáncer de lengua, en prisión, en Buenos Aires. Muchos amigos más muertos por el enemigo o, peor aún, trágicamente peor, asesinados por americanos traidores, renegados u oportunistas. O los que murieron en la más absoluta pobreza, ignorados y despreciados por sus contemporáneos, como Manuel Belgrano.

Intentó moverse, pero no pudo; quiso pedir auxilio, pero no le salían sonidos de la boca, sino sangre. Su organismo se iba retrayendo para expirar, mientras su mente seguía funcionando como si quisiera separarse de lo material, para no ser arrastrada por su cuerpo moribundo. Pensó en los camaradas que quedaban combatiendo por la causa suprema y se angustió de no poder acompañarlos más. Finalmente, pensó en su Juanita. Fue lo último.

Unos transeúntes que hallaron el cadáver lo llevaron a la iglesia de San Juan de Dios. Una vez identificado el cadáver, la noticia del asesinato del antiguo y controvertido ministro se difundió por toda la ciudad. Estaban los que lloraban por la noticia y también los que festejaban y brindaban.

Bolívar llegó a la iglesia a las nueve de la noche y contemplando el cadáver, exclamó muy conmovido:

—¡Monteagudo! ¡Monteagudo! ¡Serás vengado!

Bolívar se fijó que el puñal encontrado sobre el cuerpo de su colaborador era nuevo y recientemente afilado. Ordenó convocar a todos los barberos que había en Lima, los que resultaron ser ochenta y tres, para ver si alguno de ellos había afilado el arma y pudiera reconocer al asesino. Tal pesquisa dio resultados: uno de ellos reconoció el puñal y declaró que el día 26 —o sea, dos días antes del crimen— fue a su tienda,

situada en la calle de Plateros de San Agustín, un negro como de veinte años de edad y le pagó un real para que le afilara el arma. Ignoraba su nombre, pero si lo veía podía reconocerlo. Bolívar, empeñado en vengar a su colaborador y amigo, hizo promulgar inmediatamente un bando convocando a los hombres de color a que se presentasen en la mañana del día 30, en el patio del Palacio, amenazando con severas penas a quienes no concurrieran. Así fue reconocido como dueño del puñal Candelario Espinoza, negrito claro de 19 años de edad, que había sido soldado de caballería en el ejército patriota. A las pocas horas cayó también su compinche, Ramón Moreira, limeño, esclavo zambo, de 22 años. Al principio negaron el hecho, pero luego de apremios y careos entre ambos, terminaron reconociendo haber matado a Monteagudo; juraban que había sido un atraco por dinero, aunque a la víctima, a quien decían no conocer, no le sustrajeran nada.

Ambos reos fueron condenados a muerte en juicio sumario, pero Bolívar, terco como mula porque olfateaba un crimen por encargo, se encerró en la celda con Espinoza. Cuando salió, luego de varios minutos, ordenó que les cambiaran penas por diez años de prisión a Espinoza y luego destierro, y seis años a Moreira y también destierro.

¿Qué le confesó Espinoza a Bolívar que lo llevó a salvar su vida?

Un mes después de estos hechos, el poderoso ministro Sánchez Carrión, declarado enemigo de Monteagudo y responsable directo de la destitución del tucumano de su cargo de ministro de San Martín y después, de su destierro a Panamá, moría envenenado en su quinta de descanso al tomar un vaso de horchata que le había preparado su sirviente. ¿Habría tenido este asesinato vinculación con el crimen de Monteagudo? Ambos hechos quedaron sin respuestas hasta más de medio siglo después, cuando el general don Tomás

Cipriano Mosquera, que estuvo al lado de Bolívar en calidad de funcionario y de amigo íntimo, veinte días antes de morir dio a luz en Popayán, en la imprenta del Estado, un folleto de dieciocho páginas en el que revela que el propio Simón Bolívar le confió que Candelario Espinoza, el asesino de Monteagudo, le confesó quién había sido el instigador. Cuenta Mosquera que Bolívar le dijo al referirse a la escena del crimen: «Se me heló la sangre al oír el nombre de un amigo a quien yo apreciaba tanto. No quise que entonces se descubriera este secreto y solamente se lo confié al general X.X.». Mosquera, en el folleto, tampoco quiso revelar el nombre de ese general, quien era íntimo de Monteagudo y que determinó vengarle sacando del medio al hombre que colaboraba en el gobierno del Libertador.

Bolívar no pudo contar con el tucumano para que fuese su delegado en el Congreso Anfictiónico de Panamá, el que se realizó el 22 de junio de 1826. Participaron delegados de Colombia, México, Provincias Unidas de Centroamérica y Perú, no así las Provincias Unidas del Río de la Plata y Chile, buscando una alianza que permitiera sostener la soberanía de cada país y defenderse de toda dominación extranjera, además de la intención de crear un ejército y una flota conjunta con carácter permanente, defender la integridad territorial de cada participante, aplicar una ciudadanía americana única, prohibir la trata de esclavos, discutir y decidir sobre la independencia de Cuba y Puerto Rico y procurar lograr el reconocimiento de los nuevos Estados independientes. Sus resultados no reflejaron plenamente el ideal bolivariano de unidad continental, pero a pesar de todos los puntos que marcaron diferencias entre los Estados allí representados, se suscribieron algunos documentos, el más importante, el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua. Se decidió trasladar las reuniones del Congreso a la villa mexicana de

Tacubaya, en donde los tratados no fueron ratificados, debido en gran parte a las artimañas del ministro estadounidense Joel Poinsett; como era de esperar, Estados Unidos trabajó para boicotear la idea de la unidad. Por otro lado, los tratados requerían la ratificación de los Gobiernos y Congresos que participaron. Los intereses estrechos de cada joven república, en donde ya se preanunciaban enfrentamientos internos que desembocarían en guerras civiles, y la falta de posibilidades económicas hicieron que las intenciones acordadas se diluyeran con el tiempo. El sueño del Libertador de «formar de todo el mundo nuevo una sola nación» quedó temporalmente frustrado. El mismo Bolívar lo expresó de esta manera en una carta enviada al general José Antonio Páez, fechada en Lima el 8 de agosto de 1826:

El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos: nada más.

FIN

## Nota del autor

Los argumentos que cuentan la vida de este apasionante personaje que fuera el doctor Bernardo Monteagudo contienen hechos completamente fidedignos y verídicos, así como otros ficticios, producto de mi imaginación, necesarios para lograr una continuidad y verosimilitud como corresponde a toda novela histórica. Los párrafos en bastardilla correspondientes a los escritos de Monteagudo están tomados del libro que contiene ensayos de su autoría, selección y prólogo de Gregorio Weinberg, titulado *El pensamiento de Bernardo Monteagudo* de Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1944. El ensayo de don José Cecilio del Valle está tomado de su *Obra escogida*, publicada por Biblioteca Ayacucho, Miranda - Venezuela, 1982.

Las cartas intercambiadas entre Monteagudo y Bolívar, y la de Manuelita a su exesposo, así como la respuesta del Libertador a su amante cuando esta le envía copia de la anterior, están reproducidas del libro *Monteagudo* de Máximo Soto Hall, de Ediciones Cóndor, Buenos Aires, 1933; las restantes cartas y documentos de Simón Bolívar se tomaron de diversos libros de historia que narran la gesta del Libertador.

# Índice

Prólogo	7
I	
Guerrero de la Independencia	13
II	
Golpe a San Martín	19
III	
Cae Monteagudo. Su tercer destierro	27
IV	
La Sociedad Patriótica y Literaria	35
V	
Rumbo a Panamá	41

VI	
Revolución en Chuquisaca	49
VII	
Más recuerdos a bordo	55
VIII	
Panamá	61
IX	
Simón Bolívar	69
X	
El plan de la unidad americana	79
XI	
Nuevamente Bolívar	87
XII	
Sirviendo al Libertador	93
XIII	
Gestiones hacia el Congreso de Plenipotenciarios	101
XIV	
El final de un patriota	113
Nota del autor	118





*Monteagudo*

se imprimió en el mes de noviembre de 2023

en la Imprenta Bicentenario de Carabobo.

Caracas, Distrito Capital, Venezuela.

Son 1.000 ejemplares.

• Colección CONTINENTES •

La valentía, el honor, la lealtad y la inteligencia de Bernardo Monteagudo, uno de los más importantes personajes protagonistas de la gesta emancipadora americana, se relatan a través de la prosa puntual y apasionada de Horacio Alberto López. Este escritor adopta, nuevamente, la forma de la novela histórica para relatarnos, como resultado de una meticulosa investigación documental, los hechos que marcaron el devenir de la independencia suramericana. Nuestra casa editora, una vez más, incluye en su haber la pluma de este pensador, para compartir con sus lectores la propuesta novelada de la vida de Monteagudo, defensor y ejecutor a favor de los procesos independentistas en el Río de la Plata, además de admirador del Libertador Simón Bolívar, con quien compartió momentos determinantes para la historia del continente.

HORACIO LÓPEZ (Bahía Blanca, Argentina, 1946). Es ingeniero industrial, poeta, novelista, ensayista e investigador de temas históricos. Fue subdirector del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, en Buenos Aires; integrante de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe y de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad. Obtuvo mención honorífica en el Premio Municipal de Caracas 2009 al Pensamiento Político Gustavo Machado, por su libro *Secesionismo, anexionismo, independentismo en Nuestra América: herramientas de la dominación* (Editorial El perro y la rana). En 2014, Monte Ávila Editores Latinoamericana publicó su ensayo *Anfictionía en América. La lucha por la Patria Grande en el siglo XIX*. Entre sus varias novelas históricas figuran *Túpac Amaru. El hombre del llautu rojo* (1992), *Mariano Moreno. Memorias desde el fondo del mar* (1997), *Puerto Luis. La tercera invasión inglesa* (2002). Nuestra editorial publicó en 2022 su última novela titulada *Guayaquil*.



Ministerio del Poder Popular  
para la Cultura

